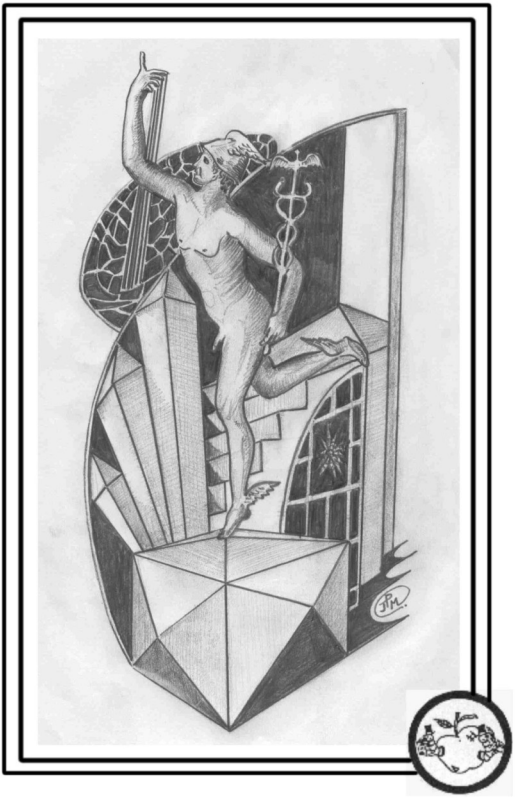
Nuevo mundo nuevo



NUEVO MUNDO NUEVO

Redactores: JLM y JCJ. Nº23. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

¡El mundo se nos queda pequeño!

Nadie lo hubiera dicho hace poco más de un siglo, cuando todavía restaban aventuras verdaderas por vivir y espacios por conquistar. El Polo Sur, las más altas cumbres, las fuentes del Nilo, eran desafíos pendientes que no requerían de complejas tecnologías para ser afrontados. Hoy en día las cosas son diferentes. Aún nos queda mucho mundo por explorar, quedan selvas desconocidas, paisajes subterráneos, el extenso fondo de los mares. Aventuras y exploraciones capaces de excitar nuestra imaginación, pero que no nos apartan del todo de la idea de que el mundo está demasiado poblado y demasiado visto, de que todo es lo mismo y más de lo mismo, de que en este mundo no nos queda un nuevo mundo que descubrir y explorar, un lugar que satisfaga plenamente nuestras ansias de aventura y novedad, un espacio en el que situar nuestros sueños de futuro, de un futuro diferente, de una tierra de promisión y oportunidades, de cambios. Tal vez por ello son muchos los que, por poco razonable que parezca desde la perspectiva de nuestros limitados medios, ponen sus miras en los inmensos espacios siderales donde caben todos los sueños y donde todos los desafíos están por realizar, tan lejanos aún para el hombre.

Parece que nuestra alma está impregnada aún de ese hálito nómada y aventurero de nuestros ancestros que nos lleva, quizá por curiosidad o tal vez sólo por deseo de cambio o afán de superación, a soñar con nuevos mundos que poder descubrir y construir, escapando de la rutina de lo conocido y la resignación ante lo inmutable o lo ya realizado. Necesitamos mirar más allá, observar al otro lado del horizonte actual para podernos sentir vivos y plenos. Tal vez lo menos importante es alcanzar la meta. Puede ser incluso que la consecución del objetivo resulte decepcionante, pero el hombre siempre ha deseado trascender lo conocido, superar barreras y fronteras.

¡Pero hay aún tantos mundos por descubrir dentro de éste! Tantos fuera de él, tantos dentro de nosotros mismos o en nuestros desconocidos vecinos a los que creemos incapaces de sorprendernos. Deseamos viajar, en el espacio y en el duro y fascinante camino de la propia vida, de eso que ahora, tan tontamente, se llama la realización personal.

Necesitamos trascendernos. Ser nosotros y ser otros. Estar aquí y sentir que estamos en otro lugar. Para el hombre, para cualquier hombre, detenerse es empezar a rendirse. Si la muerte nos alcanzará cuando se canse de caminar a nuestro lado, siempre es hermoso pensar que, al menos, uno ha sido, ha estado, ha visto, algo de lo que nadie pudo presumir jamás. Por simples y cotidianos que sean nuestros hechos, qué triste es la vida que no se puede vivir como una aventura.

No vamos a descubrir nada nuevo en estas páginas, pero hoy y siempre nos sentimos viajeros, descubridores que, como Ponce de León, aspiramos a vislumbrar, en cada sencilla novedad o cada paso adelante, esa imposible fuente de la juventud, la sensación de estar más cerca de alcanzar un sentido, que siempre es más satisfactorio si resulta lejano, para nuestra vida.

Hoy que tanto se estilan los viajes a cualquier lugar y con cualquier excusa, nos gustaría emplear la imaginación y nuestras pobres entendederas para realizar un viaje personal en el que no nos ayudará ninguna agencia ni hotel alguno nos proporcionará el innecesario alojamiento.

DEMOGRAFÍA

El mundo es pequeño y nosotros sí que somos, verdaderamente, poca cosa. Diminutas alimañas en el remoto confín de la galaxia. Y, sin embargo, somos demasiados para esta pobre Tierra. ¿Cómo no sentirse miserable entre tantos, encerrados en esta hermosa prisión que tan lindamente destruimos?

Antes la gente era, pese a todo, mucho más optimista. Tipos sesudos y pagados de sí mismos afirmaban que el hombre podía vencer todas las dificultades. Que las sociedades evolucionaban hacia un mundo mejor. Que nuestro planeta era capaz de asimilar cualquier acción humana sin verse afectado en absoluto. Había, incluso, quien

profetizaba el fin de las guerras. Y, sin embargo, seguimos siendo las mismas criaturas ridículas en el mismo espacio. Pero ahora somos muchos más y cada uno de nosotros, en la comparación, aún parece mucho menos. Consuela pensar que en unas intangibles alturas moran seres superiores que, señalándonos con su dedo divino, nos recuerdan nuestra grandeza intrínseca.

Yo, sin embargo, me siento más pesimista, ¿o es realista?, y me veo como una criatura miserable rodeado de miles de millones de semejantes, tan torpemente equipados como yo para afrontar esta ciega existencia.

Somos demasiados. En un siglo hemos multiplicado nuestro número casi por siete. Y seguimos aumentando nuestro número. Tendemos a olvidar, desde nuestros mundos cómodos, ricos y de baja natalidad, que en el planeta somos muchos más y muy distintos. Que, por más que todos los países frenen sus ímpetus reproductivos, difícilmente lograremos detener el crecimiento demográfico global antes de alcanzar una cifra de humanos aún superior a la actual. Digamos, ¡seamos optimistas!, unos diez mil millones de almas en nuestra pequeña canica azul. Y pretendemos que tanta gente pase desapercibida para nuestro pobre planeta y nuestros desgraciados vecinos, todos los demás seres vivos.

Supongo que habrá muchos lectores optimistas y no quisiera amargarlos con mis ideas, pero no me resisto a colocar aquí una serie de sencillos datos que cualquiera puede realizar, y deprimirse, o no. No pretendo ser pesimista, o realista, pero allá van unas cuantas cifras de éstas que, en frío, nos pasan desapercibidas pero, si meditamos un poco, resultan mareantes. Allá van:

Digamos que hoy en día hay casi siete mil millones de personas en la Tierra. Redondeemos a esa cifra y pongámosla en notación decimal. Somos 7.000.000.000 de seres humanos sobre la Tierra. El número ocupa poco pero, si lo ponemos como fracción, marcando en el numerador nuestra entidad con un 1 e indicando como denominador el total de almas para ver nuestra contribución a la raza, a mí, al menos, la cifra me resulta deprimente. Yo, como individuo, supongo la 0'000000000143 parte de la humanidad, casi cero, casi nada.

Más datos. Imaginad que todos los seres humanos nos ponemos a mear a la par y que cada uno de nosotros, en una meadita normal, echamos 500 ml, es decir, 0'5 litros. El total de líquido expulsado sería de 3.500 millones de litros. Dicho así no parece gran cosa. Digamos ahora que una piscina olímpica, de las de 50 metros de largo, por 20 de ancho y una profundidad de tres metros (sí, ya sé que son de unos dos metros de hondo, pero la zona de los clavados tiene cinco o más, así que me parece un promedio aceptable), tiene un volumen de 3000 metros cúbicos o, dicho de otro modo, en ella caben tres millones de litros, que sería el volumen expulsado por seis millones de seres humanos. Sólo los españoles, con una meada conjunta y comunal, llenaríamos unas siete piscinas. Si los siete mil millones meáramos a la par, llenaríamos unas mil ciento cincuenta piscinas olímpicas que irían, indefectiblemente, a desembocar al mar. Una barbaridad, ¿verdad?

Y si eso impresiona, imaginad ahora que todos los humanos nos tumbamos a la par y en fila, cabeza junto a pies, formando una larga cola. ¿Hasta dónde llegaríamos? Pongamos que, ya que hay mujeres, niños y ancianos y no todos somos nórdicos cachitas de dos metros, la altura media de un humano se sitúa en un metro y medio. Con esa altura, puestos uno tras otro, los humanos formaríamos una cadena de diez mil quinientos millones (10.500.000.000) de metros. Es decir, diez millones quinientos mil (10.500.000) kilómetros, que vienen a ser casi treinta veces la distancia de la Tierra a la Luna, más de doscientas sesenta vueltas a la Tierra o diez mil (10.000) viajes de ida y vuelta a Barcelona. Una pasada.

Pero sigamos con meros datos estadísticos. Pongamos que ahora todos los habitantes de la Tierra nos ponemos a desfilar, hombro con hombro, en un descampado. Pongamos que cada cual ocupa una baldosa de treinta centímetros de lado, aunque sólo sea para estar realmente apretados y casi no poder respirar (en una buena manifestación nunca se llega a ir así de juntitos, es más bien raro ver a alguien ocupando un espacio tan chico). Así las cosas, toda la humanidad ocuparía seiscientos treinta millones (630.000.000) de metros cuadrados o, lo que es lo mismo, un espacio de seiscientos

treinta kilómetros cuadrados, que vienen a ser unos ochenta y siete mil campos de fútbol llenos de gente apretujada.

Otro dato. Pongamos que cada cual se zampa un kilo de comida al día. Digamos que el kilo ocupa un volumen semejante al de un tetrabrick, como un litro de agua. El total de litros serían siete mil millones, claro está, y eso serían siete millones de toneladas que ocuparían un depósito de siete hectómetros cúbicos. Seguro que no conoces ni un silo ni un barco, por grande que sea, que se aproxime remotamente a esa cifra. Hazte idea de que harían falta casi sesenta mil trailers de veinte metros de largo, dos de ancho y tres de alto para poderlos transportar.

Una última cifra. Suponed que un editor loco quiere imprimir un libro con los nombres (sólo los nombres, sin apellidos ni dato alguno) de todos los habitantes de la Tierra. Por simplificar, digamos que cada nombre contiene, en promedio, no más de cuatro letras (incluyendo los José, Juan, Ana, John, Kim, Mary, Alí e ignorando millones de nombres mucho más largos). Con ese mínimo tamaño, ¿cuántas páginas rellenaría el libro de los nombres? Vamos a suponer que no hay espacios entre los nombres, que la letra es de un tamaño pequeño, como el de esta revista, y que no hay espaciado entre las líneas. Vamos a suponer que el libro está escrito –cosa rara- a tamaño folio (veintiuno por treinta, redondeando). Siendo muy optimistas, podríamos meter doscientas líneas por página (con letra chaparra y apretadita) con 150 caracteres (que es una barbaridad) por línea. No ponemos márgenes ni dejamos hueco siquiera para el número de página. Con ello, en cada página nos podrían caber 30.000 caracteres o, lo que es lo mismo, siete mil quinientos nombres colocados de seguido, uno tras otro y sin comas ni espacio. Con todo, nos harían falta más de novecientas mil (900.000) páginas para incluir todos los nombres. ¡Vamos, que ni la enciclopedia más grande del mundo!

Parece muchísimo, sí, y realmente lo es. Así es claro que el mundo se nos encoge y nos padece. Y, sin embargo, en cierto sentido son cifras más bien diminutas incluso comparadas con las dimensiones de nuestro pequeño mundo, cuanto más comparadas con las del inabarcable universo. ¿Cómo no sentirse ínfimo, pese a nuestro claro

impacto sobre la Tierra, si sólo somos la siete mil millonésima parte de esta intrascendente población humana? En fin, no quería deprimiros.

Juan Luis Monedero Rodrigo

HACIA UN MUNDO FELIZ

Que todo evoluciona, está claro; también que el tiempo necesario para ello es variable: desde miles o millones de años, como la evolución de las especies, hasta unos instantes como pueden ser las ideas sobre algo o alguien después de un shock. Todo cambia, nada es inmutable, decían los antiguos. Por eso se busca progresar intelectual y materialmente. El afán de descubrimientos de todo tipo, sobre todo si tienen aplicaciones prácticas y de resultados económicos inmediatos, es una constante en la vida humana, se lleva en los genes. A veces ocasiona conflictos: elegir entre ética y progreso a cualquier precio. Posturas tradicionales frente a otras llamadas progresistas. ¿Hasta dónde se puede llegar? ¿Se usarán para fines pacíficos? ¿Serán utilizados como otra forma más de explotación o de dominio? Son los eternos dilemas, la lucha maniquea del bien y del mal. Tendencias atávicas o futuristas. Parece que los binomios excluyentes se imponen, sin apenas grados intermedios. Quizás queramos endiosarnos como los ángeles que se rebelaron contra Dios porque querían ser como Él y acabaron convirtiéndose en demonios (o ángeles caídos, como el monumento existente en el madrileño parque del Retiro).

Si hasta los seres perfectos, o casi, se sublevan, qué no haremos los demás. Parece un ciclo del eterno retorno. Volvamos a poner los pies en la tierra y dejémonos de elucubraciones. La leche, el pan, los vicios... todo sube. ¿Conspiración de mayoristas? ¿Algo inevitable? Los "paganos" como su nombre indica, a pagar. Con el estómago alterado no se piensa claramente. Que inventen ellos, o alguien, y nos hagan la vida más placentera; que la calidad de vida vaya en progresión aritmética (la geométrica provocaría tal vez vértigos por no darnos tiempo a adaptarnos tan rápido).

La inflexión hacia un nuevo mundo nuevo (damos por supuesto que alguna vez hubo un primer mundo nuevo, de felicidad plena como en el Paraíso) quizá tenga que ver con el cambio climático, más veloz que el

que siempre se ha producido de manera más lenta y "natural". Este nuevo mundo nuevo, pseudopalindromo, deberá tratar de equilibrar el progreso material con el espiritual pues la experiencia nos dice que casi siempre nos escoramos hacia el primer concepto y eso puede hacer que reneguemos de los teóricos progresos y queramos volver al desierto de los viejos tiempos ("beatus ille") pues nos sentimos insatisfechos y ni el espíritu de Paco Umbral deseará ir a comprar el pan.

En definitiva, buscamos cambiar la sociedad y alcanzar un mundo feliz como el título de la obra visionaria. ¿utópica? del británico A. Huxley pero... ¿estaríamos dispuestos a sacrificar la familia, la religión, la diversidad cultural... como en la mencionada obra?

P.A.M. 213

NUEVO VIEJO YO

Tal vez cuando me muera
sabré si soy este cuerpo
o tan sólo lo ocupo,
en patético alquiler.
Bien puede ocurrir
que al cabo no comprenda,
que el fin no sea un principio,
el quicio de una puerta
sino un negro foso,
sin luz, sin esperanza,
sin dolor ni preguntas
predispuestas.
Quizá todo sea nada
y busco trascendencia
en un simple accidente
de la naturaleza.
Tal vez no hay mundo nuevo
tras la vida terrena,
ni almas ni misterios,
ni simple inteligencia.
Puede que sólo exista esto,

que los sueños sean cuentos,
los miedos den quimeras
de imaginación y deseo.
Sin futuro no hay yo,
y el presente no es consuelo
si el final de la muerte es el todo
y todo es materia ciega.
Antón Martín Pirulero
(lo lamento, la tristeza
me hace asonante)

Carta de un mesopotámico a George Bush
(y también para zetapé):
Estimado señor Bush:

Aunque eso de estimado sea un decir. Me dirijo a Vd. para comentarle un par de asuntos que últimamente no me dejan dormir a parte de los terroristas suicidas que pululan por todas partes.

En vista de los acontecimientos ocurridos en los dos últimos años en Mesopotamia, quería agradecerle en primer lugar que nos liberara de un tirano como Sadam Husein. Pero veo que la cosa se les está yendo de las manos descaradamente. Me parece que se han equivocado a la hora de plantear las cosas y me da la sensación de que en el fondo les interesa que haya hombres-bomba, suicidas que quiten del medio al mayor número posible de personas, ellos les están haciendo el juego sucio y les están evitando tener que bombardear y masacrar a nuestro pueblo con su aviación. Ustedes alimentan sus ansias fanáticas, tanto su dios como el de ellos no son ni la más remota idea del Gran Espíritu del que habla "Caballo loco" o si no lo quiere llamar espíritu, llamémoslo "Fuerza Universal".

Con la excusa de traernos la democracia, su democracia; vinieron aquí a por el "oro negro" que oculta nuestra tierra, un oro que envilece y contamina, y que a nosotros no nos ha reportado ningún tipo de beneficio. Ustedes solamente quieren dinero y más dinero y si hay que arrasar un territorio, lo arrasan sin escrúpulos.

Nos dijeron que nos iban a dar un futuro mejor, que imerecemos sus mismas oportunidades y vuestra misma libertad! ¡Ea! Y

se quedan tan anchos y vienen con sus soldaditos de plomo y de buen rollito, pensando que aquí no les van a hacer pupa, que vienen aquí, por la cara, a traernos "oportunidades y libertad"... Y todo eso sin preguntar antes, sin saber cuál es nuestra opinión, ni lo que deseamos, sin preguntarnos cuales son nuestros sueños. ¿A nadie en todo Occidente se le ha ocurrido pensar que a lo mejor no queremos su democracia ni sus pseudo-oportunidades? ¡Esto no son las rebajas!

Yo les digo lo que dijo Crazy Horse (Caballo loco), aquel líder indio de las américas del norte, esas tierras que ustedes conquistaron igual que están haciendo aquí: "Vosotros los hombres blancos podéis trabajar si queréis. Nosotros no os molestamos; pero volvéis a decirnos: ¿por qué no os civilizáis? ¡No queremos vuestra civilización! Queremos vivir como vivían nuestros padres, y sus padres antes que ellos".

Y este mismo sentimiento también lo tienen en Samoa y en mil lugares distintos.
Déjennos en paz Sr. Bush. Dejen de volver loco al mundo.

PD: Esta carta va dirigida al Sr. Bush, pero se hace extensible a todos los líderes de occidente, incluidos los progres que envían aquí tropas de buen rollito y ayudas inhumanitarias.

Un mesopotámico

EL NUEVO MUNDO

Todos eran conscientes de la trascendencia de aquel día. Los presentes y, aunque no conocieran la fecha en sí, todos los ausentes que habían permitido alcanzar ese instante irrepetible.

La nave estelar Columbus, tripulada por sesenta técnicos y oficiales, había alcanzado, tras un viaje de once años de tiempo subjetivo, las inmediaciones del desconocido sistema solar que, provisionalmente, había sido bautizado como Edén. No, no era el Paraíso Terrenal, pero eran tantas las ilusiones que, a la postre, se habían depositado en la expedición en general y en ese hallazgo en particular, que el nuevo mundo bien merecía un calificativo semejante.

Once años dan para mucho, aunque la sensación global del largo viaje sea la de monotonía y aburrimiento permanentes. Meses de periplo de una estrella a la siguiente. Nostalgia del pasado que no volverá, de personas y relaciones perdidas en el tiempo, tal vez muertas en su mundo sin sospechar que los viajeros todavía prosiguen su viaje hacia las estrellas. Tristeza por un mundo perdido que nunca volverá, que fue el propio y jamás podrá recuperarse. A cambio de un sueño de futuro. Meses de sopor, de rutina en la que anclar los miedos, de esperanzas que se consumen, de criocongelación, de despertar, de sueño físico y ensoñación consciente.

La Columbus había dejado el Sistema Solar mucho tiempo atrás. Varios meses a través del vacío estelar, llenos de miedos acechando desde la oscuridad, semejantes a los que la tripulación de Colón debió de padecer en su viaje a lo desconocido, aunque no hubieran de enfrentarse al inconmensurable vacío del espacio profundo. Puntos de luz que cambian de posición, de brillo, de tamaño. La pequeña y distante Próxima Centauri que crece día tras día y, finalmente, ocupa un lugar preeminente en el cielo, convertida en un Sol casi tan grande como el propio, algo menor, con menos brillo, pero cálida y portadora de nostalgia. Sin un solo mundo que merezca la pena explorar. Un nuevo viaje, un salto más allá, afrontando nuevos vacíos, para aproximarse a otras estrellas más lejanas y prometedoras, cuya persecución aleja a la Columbus más y más de su propio mundo, hacia lo desconocido, magnético y amedrentador. Varias gigantes azules, alguna enana roja, estrellas anaranjadas, pálidas enanas blancas, gigantes rojas, novas lejanas, algún sol amarillo, planetas gigantes de gas vacío, asteroides, tierras distantes y muertas y, finalmente, como una promesa hecha realidad, la llegada al espacio de Edén. Un mundo semejante a otros, de tamaño terrestre, con atmósfera, con agua, ¡con seres vivos! Ésa es la sorpresa y el hallazgo. La decepción de otras tierras no se ha cumplido en Edén. Como la tierra de promisión que representa, este mundo rocoso, con sus cielos pálidos y sus océanos verdosos, con su atmósfera oxigenada y sus nubes de algodón, no defrauda a los viajeros. Es el Nuevo Mundo, el planeta soñado donde, por primera vez, salvo desconocimiento o leyenda, el hombre será

testigo de un encuentro en la tercera fase con gentes de otro planeta, fruto de otra evolución. Con hermanos de las estrellas.

Nada puede quedar ahora al azar. Los viajes, los saltos de estrella en estrella, pudieron ser azarosos. Pero, una vez encontrado el mundo que todos ansiaban, no se puede dejar nada fuera de control. Los dos meses en aquel mundo que se intuyó prometedor, Océano, ahora parecen una pérdida de tiempo. Con sus colonias flotantes de células rudimentarias, con su vida incipiente e inconsciente. ¡Y pensar que estuvieron a punto de dejar una pequeña base para proseguir su estudio e iniciar una posible terraformización! Una pérdida de tiempo, un paréntesis, un retraso. Edén era el destino buscado, la razón de aquel viaje y tantos otros. ¿Habrían tenido otras naves igual éxito que la Columbus? Antes que ella partieron de la Tierra y de las bases lunares doce expediciones. Otras tantas partirían más tarde. Nada se supo de ellas. Nada supieron en la Tierra en cuanto que se alejaron. Nada supo la Columbus de la Tierra ni de las naves hermanas. Todas tardarían siglos en regresar, si es que podían hacerlo. Y, desde el momento del lanzamiento, era obvio que el viaje translumínico seguía siendo una quimera. Ninguna nave humana de tecnología superior los había alcanzado y contactado para transportarlos de inmediato de vuelta a una Tierra futura y desconocida.

La Columbus, al menos, había encontrado un mundo habitado y, al parecer, ocupado por seres complejos y evolucionados, tal vez inteligentes, a juzgar por las muestras de civilización que podían apreciarse, en forma de rudimentarias construcciones, desde el espacio.

No era cuestión de aterrizar sin más. Los humanos, tras siglos de ilusionada espera, no podían presentarse ante los aborígenes como el conquistador de otros tiempos, armado de Biblia, espada y completos desconocimiento y ególatra orgullo. Había que mimar esa futura relación desde su origen. Por eso lo primero fueron las naves sonda, las infinitas tomas de muestras, las grabaciones y pruebas. Resultaba fascinante vislumbrar las imágenes de la vegetación local, de tintes parduscos, las tristes chozas de barro y ¿palos?, de los edenitas, que tal era el nombre provisional para los naturales del lugar, su aspecto y el de sus bestias de carga. Escuchar lo que parecía su

voz, olfatear el aroma de aquella tierra misteriosa y tener la paciencia suficiente para esperar, para no enloquecer con la espera. Sólo cuando se recabaron todos los datos posibles y estuvo claro que el escaso conocimiento alcanzado no iba a superarse de modo tangible por una mayor observación, el comandante Andrews, responsable de la expedición, tras reunirse con sus oficiales decidió que había llegado el momento de que una delegación humana tomase tierra en una amplia explanada frente al mayor asentamiento edenita y se presentase, con el mayor cuidado posible, ante las pobres gentes de aquel mundo miserable que tantas fantasías había despertado en la imaginación de los exploradores.

Extrañamente, parecía que los edenitas los estaban esperando porque, con todo el sigilo con el que los humanos se acercaron a la población alienígena, varios de aquellos seres extraños los estaban aguardando a la entrada del poblado. Eran cinco de ellos, indistinguibles entre sí para un humano desentrenado. Todos ellos seres larguiruchos, sarmentosos, de un color ocre que hacía pensar en troncos retorcidos de una parra que se hubieran juntado para formar un cuerpo y unos miembros nudosos. Sobre todo ello, una cabeza redonda y plana, marcada tan sólo por dos ¿ojos? Inexpresivos: dos esferas negras en la región frontal. Todos vestían la túnica que los humanos conocían por sus grabaciones: de un color blanco amarillento, de anchos hombros y largos faldones, sujetada a la ¿cintura? por un cordón de algo similar, en su aspecto, al cáñamo. En el poblado había muchos más de ellos, pero sólo estos cinco se encontraban en el camino, quietos y en actitud expectante, como si aguardasen precisamente la llegada de la comitiva humana, formada por Andrews, su ayudante Blake y cuatro técnicos más. Los humanos no portaban armas visibles –dos técnicos sí que las llevaban, escondidas en sus trajes a indicación del comandante- e iban caminando, por no asustar demasiado a los pobres indígenas.

Aunque la sorpresa y el susto no se lo llevaron aquellos seres sarmentosos sino los humanos. No sólo por sentir que su presencia, su mera existencia, era conocida y se los esperaba a la entrada del poblado. La sorpresa genuina se produjo cuando dos de aquellos seres se acercaron a su encuentro con los brazos en alto y uno de ellos

extendió un nudoso apéndice dispuesto a estrechar, al modo humano, la mano de Andrews. Cuando una voz brotó de aquel ser y se dirigió a los visitantes en un casi perfecto inglés, varios de los miembros de la tripulación sintieron que las piernas les temblaban y el propio Andrews tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para ocultar su extrañeza.

-Bienvenidos, tripulantes de la nave estelar Columbus –pronunció el indígena, sin que nadie percibiera el origen físico de aquella voz aguda y metálica-. Os estábamos aguardando desde hacía bastante tiempo.

-Venid, venid con nosotros –añadió un segundo edenita, acompañando las palabras con un gesto de su brazo que invitaba a acompañarlos-. En el pueblo conversaremos más tranquilamente. ¡Tenemos tanto que contarnos!

Andrews, con un gesto, indicó a sus hombres que lo siguieran en pos de aquel extraño grupo. Miles de preguntas revoloteaban en su mente. ¿Cómo era posible que aquellos seres en el borde de la civilización supieran de su llegada y pudieran dirigirse a ellos en inglés?

-Comandante Andrews no se preocupe –le dijo el primer edenita, dirigiéndose a él de un modo personal y sin dudar a la hora de identificarlo-. Todas sus dudas encontrarán pronta respuesta. Somos sus admiradores desde hace mucho tiempo y nos gustaría podernos llamar sus amigos. De todo corazón.

Los humanos no pudieron hacer otra cosa que seguirlos. Estaban tensos y expectantes, desconfiados. Aquellos seres parecían inofensivos, amables hasta el extremo. Pero la extrañeza de la situación los hacía desconfiados. Aquello no podía estar pasando. La sensación, casi onírica, hizo afluir a la mente de Andrews un nombre y varias imágenes: Circe. Por alguna razón el humano recordó el relato homérico y en su cerebro flotaron imágenes de hombres incautos que, al entrar a la cueva del monstruo, se convertían en cerdos.

Los dos minutos que tardaron en recorrer el espacio hasta la plaza del pueblo, donde los aguardaban otros edenitas, quizá tan curiosos como ellos aunque los humanos no pudieran leerlo en sus rostros, transcurrieron con enervante lentitud. Andrews sentía los

latidos de su corazón golpeando en sus sienes, como avisos o advertencias del peligro indeterminado al que se enfrentaban.

-Aquí estaremos bien. Hemos preparado unos asientos para ustedes –pronunció uno de sus interlocutores, quizá el primero que habló-. Disculpen que haya tanto público. Comprendan que ustedes nos suscitan una viva curiosidad. Pero en modo alguno desearíamos que se sintieran incómodos.

En el centro de la plazuela, en mitad del corro de edenitas, que quizá eran todos los habitantes del poblado, sobre el suelo había varias esterillas y seis sillas, algo retorcidas, pero perfectamente aptas para un trasero humano. A un gesto de Andrews, aunque sin bajar la guardia, los seis humanos tomaron asiento mientras los edenitas se dejaban caer sobre las alfombras, manteniendo su torso alzado con respecto al suelo hasta dejarlo casi a la altura de las caras de los humanos.

-Y bien –comenzó uno de los edenitas-, ¿qué los ha llevado a desplazarse una distancia tan enorme hasta nosotros?

Ninguno de los humanos pudo evitar que una expresión de sorpresa aflorase a sus rostros antes de que cada cual mirase al vecino en busca de algún tipo de apoyo.

-Perdone –logró articular Blake, saltándose la cadena de mando-, ¿sabían ustedes de nuestra existencia? ¿Saben de dónde venimos?

-Pues claro –pronunció el edenita, modulando perfectamente el tono de su voz-. Les conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Acaso ustedes no sabían de nuestra existencia? –preguntó finalmente aquel ser, con un tono de auténtica incredulidad y sorpresa ante la posibilidad de que la idea que acababa de pronunciar pudiera corresponderse con la realidad.

-No –admitió Andrews, con la voz estúpidamente cargada de vergüenza-. Hasta ahora nada sabíamos sobre ustedes.

Antes de que el humano pudiera fraguar un pensamiento coherente, una explicación de todo aquello recurriendo a civilizaciones superiores o a medios de comunicación inverosímiles, el edenita, con la voz cargada, en dosis semejantes, de incredulidad y lástima, exclamó:

-¡No es posible! ¿Acaso ustedes no sueñan?

Aquello supuso el principio de la comprensión, aunque la misma vino precedida de la mayor de las confusiones. Los dos pueblos hablaban aparentemente un mismo idioma pero, en el fondo, las diferencias entre ellos lo hacían levemente distinto. Claro que los humanos soñaban, dijeron Andrews y los suyos. Pero resultó que sus sueños y los de los edenitas eran muy distintos. Y tanto a unos como a otros, aunque más, quizá, a los humanos, les costó bastante comprender qué era lo que sucedía.

-Así que no hay nadie entre ustedes –concluyó el edenita cuando creyó haber entendido- no hay nadie entre ustedes que sueñe con nosotros o, al menos, no saben de nadie que lo haga.

-¡Qué pena! –exclamaron al unísono los cinco edenitas de la recepción que habían demostrado comprender el inglés en respuesta al gesto negativo de Andrews.

Y realmente los miraron con lástima, aunque los humanos no entendían sus gestos. Y para aquellas gentes los humanos eran una suerte de inválidos, gentes miserables que carecían de algún sentido importante y tenían que manejarse torpe y dolorosamente.

-Eso explica muchas, muchas cosas.

Y tal frase fue el inicio de una verdadera explicación para los humanos.

Resultó que los edenitas, los Skrklet se llamaban a sí mismos, nunca habían salido de su mundo, ni nunca habían desarrollado una civilización tecnológica. Pero, al parecer, nunca lo habían echado en falta. No necesitaban viajar, o tener, o fabricar. Estaban perfectamente satisfechos con su mundo y su vida. Resultó que los edenitas soñaban con los humanos. No todos ellos, no siempre. Pero cada edenita, según dijeron y, finalmente, los humanos tuvieron que aceptar, tenía sueños en los que salía de su cuerpo y viajaba a algún remoto lugar, casi siempre el mismo. Y conocían otros mundos, otros pueblos, otras gentes y paisajes. Y se contaban sus encuentros, y almacenaban en grandes bibliotecas los datos de todos aquellos seres que, nunca lo habían dudado, eran tan reales como ellos mismos. Y jamás habían sentido la necesidad de moverse, de ir más allá. Ni se habían sentido solos y abandonados en la inmensidad del espacio. Los edenitas tenían el mundo en sus manos, porque podían abarcar el

universo en sus mentes. Incluso los más veteranos entre ellos eran capaces de controlar sus "viajes astrales", sus sueños, y había entre ellos expertos en la Tierra y en cada uno de sus pueblos, igual que había expertos en otros pueblos alienígenas, en otras geografías, en otras historias.

-¡Qué lástima! –repitió el narrador, refiriéndose a la minusvalía de los humanos- Tal vez podríais aprender a viajar –añadió, tratando de infundir ánimos a los humanos.

Los edenitas conocían mucho de la historia de la humanidad. No todos ellos, pero sí aquéllos que llevaban años soñando con la Tierra y la habían convertido en su especialidad. Unos hablaban inglés, otros chino. Uno de ellos, el que llevaba la voz cantante, que sólo más tarde se presentó a sí mismo como Ajjxp aunque pidió ser llamado Joseph, conocía seis idiomas humanos y miles de anécdotas e historias de los últimos tiempos. Conocían los programes de holovisión, películas antiguas, literatura, deportes, historia, geografía. Conocían, incluso, detalles de la vida de los visitantes y sus familias.

-Cuando supimos que estabais cerca –dijo Joseph- nos dedicamos a estudiaros con más detalle.

Y entonces los humanos comprendieron que aquello no era una broma o una farol. Se trataba de la realidad. Joseph les contó el día a día de la expedición, sus quehaceres diarios, como si los alienígenas hubieran sido pasajeros de la Columbus.

-Si no sueñas, no sabrás que tu sobrina ha tenido un hijo recientemente.

Andrews no sabía siquiera que tenía una sobrina. Joseph le habló de su hermana Alley, ya anciana, pues el tiempo pasaba más rápido en la Tierra. Le habló de su sobrina Cindy, nacida treinta años terrícolas atrás, y se la describió con detalle. Finalmente le habló del pequeño Maurice, su sobrino nieto.

-Se te parece –añadió tratando de halagarlo-. Tiene en la barbilla tu mismo hoyuelo, el de tu hermana, aunque sin el lunar a la izquierda de la boca.

Sin lunar. Conocía hasta la existencia del lunar de Alley. Quizá había visto las fotos de la Columbus o, más probablemente, aunque de un modo tanto o más inexplicable, el alienígena decía la verdad.

-¿Os gustaría ver nuestros archivos? –ofreció entonces Joseph, ansioso de agradar a sus visitantes.

Andrews lo siguió a una de las chozas, tan pequeña como las demás. Bokowski, uno de los tripulantes armados, lo acompañó como escolta. Y el edenita, Joseph, les enseñó sus notas y dibujos en una especie de arcón. Les mencionó noticias de cuando ellos abandonaron la Tierra, les dio novedades de lo que entonces era el futuro de su planeta. Les informó del accidente de una de las naves exploradoras, de los viajes de las demás. Les contó detalles de la vida en la Columbus, satisfecho de mostrar su erudición y, ante todo, les pidió informaciones de hechos que no conocía en detalle, de cuestiones históricas, sociales, lingüísticas. Y Andrews y su compañero se sintieron torpes e ignorantes, porque apenas si sabían de lo que les hablaba. Para Andrews nada significaban el Tratado de Xjang o las danzas derviches. El alienígena conocía más de la Tierra que los supuestamente informados, quizá cultos, tripulantes de la Columbus.

Pero lo peor no era comprobar esa erudición. Lo peor era comprender cuál era el origen de todos aquellos conocimientos. Profundos, recopilados de forma sistemática y paciente, pero también sin esfuerzo, sin necesidad de implicar recursos infinitos y vidas completas de cientos de individuos tan sólo para asomarse al exterior y buscar respuestas. Tenían razón los edenitas, los humanos eran poco menos que minusválidos tratando de moverse con complejas y burdas prótesis. Enviar naves al espacio era, en comparación con la sencillez del método edenita, como matar microbios a cañonazos, un torpe intento de trascender la propia incapacidad.

Y los edenitas, conscientes de su superioridad, pero también satisfechos por poder contactar de primera mano con sus sujetos de estudio, se mostraron francos, corteses, amables y curiosos. Los humanos eran las ratas de laboratorio, por más que hubieran recorrido cien años luz para toparse con los "primitivos" edenitas.

Tanto esfuerzo, tantos recursos, tanto tiempo y vidas para comprobar que nunca lograrían los resultados que los edenitas obtenían sin esfuerzo, cómodamente tendidos y abandonando de algún modo sus cuerpos para proyectarse a distancias inconmensurables y vivir otras vidas de otras gentes en mundos y tiempos lejanos. Los

edenitas sabían más de la historia de la Tierra que los propios humanos. Conocían detalles de muchos de sus pobladores. Sabían de sus logros, de sus teorías y obras. De generación en generación, los alienígenas visitaban el mundo humano, para conocerlo y estudiarlo de primera mano.

-Podemos compartir nuestros conocimientos con vosotros, si os parece apetecible –ofreció, sin doblez, Joseph.

Y sí, los humanos lo deseaban. Y recibieron parte de esa información. Aunque, en el fondo, no deseaban la información sino la experiencia. Poder viajar, aunque fuera astral y extracorpóreamente, a esos lugares exóticos que los edenitas les describían. Lugares convertidos en papel muerto a través de los relatos. Lugares que los edenitas habían visto y sentido.

-Lástima que no puedas verlo con mis ojos –le comentó, con sincero pesar, uno de los edenitas al técnico con el que charlaba sobre un mundo lejano y desconocido.

-¿Dónde está ese planeta al que llamas Gst? ¿Quiénes son sus pobladores? –preguntaba el humano con ansiedad.

Y el edenita describía el cielo y sus estrellas, describía las gentes, los colores, las luces, aromas y sonidos. Pero tales datos, tan vagos, no permitían identificar el mundo, ni su estrella, ni la distancia a la que se encontraba o sus coordenadas espaciales.

-Nos marchamos –anunció un día Andrews, aunque apenas llevaban unas pocas semanas entre los edenitas y era mucho lo que les faltaba por conocer.

-Podéis quedaros cuanto deseéis –ofreció Joseph.

Pero ningún humano quiso quedarse. Todos se sentían incómodos, inferiores, envidiosos. Tal vez algún día regresaran. Era posible y hasta necesario. Los edenitas tenían tantos datos, tantos conocimientos e imágenes en sus memorias que era una pena no disponer de ellos. Pero los humanos, decepcionados y frustrados, no se sentían con ánimo para permanecer allí. Los edenitas intentaron enseñarles cómo se producían sus sueños, pero fueron fisiológicamente inasibles para los técnicos de la Columbus. Quizá, como pensaban algunos místicos humanos, tal capacidad era posible para el hombre incluso en esta vida. Quizá existía otra vida en la que

espíritus humanos libres como los de los edenitas podían viajar por el cosmos sin barreras de espacio o tiempo, tal y como suponían algunas religiones humanas. Pero, por el momento, los exploradores no soportaron el sentimiento de inferioridad ni el fracaso de su expedición, de sus propias vidas, y se lanzaron al espacio, con la excusa de seguir su exploración, impelidos por la necesidad de conocer nuevos mundos y conquistarlos, tratando de ignorar que los edenitas eran amos del universo sin moverse de sus casas.

-Adiós, amigos, hasta pronto –les dijeron, en el momento de la despedida, los edenitas que dominaban su idioma- Volved cuando queráis. Regresad pronto. Entretanto, seguiremos en contacto con vosotros.

Los edenitas no mentían. Seguirían observándolos desde sus sueños. Los espiarían sin ser vistos, sin posibilidad de ser evitados, con absoluta impunidad y falta de respeto a su intimidad. Aquello no era agradable, pero nada podían hacer los humanos por evitarlo. Los edenitas seguirían recopilando datos sin perder su mundo ni sus gentes de vista. Mientras, la nave Columbus despegó, rumbo a unas estrellas que ahora parecían mucho más lejanas y hostiles que cuando la nave partió de la Tierra en un día tan lejano ya en el tiempo. Mucho más que la víspera del día en que iban a contactar con los edenitas, antes de saber que el viaje espacial no era un logro técnico incomparable, sino el recurso de seres primitivos e incapaces que nunca podrían desplazarse libremente entre las estrellas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SÉ QUE SOY UN ANIMAL

Que yo haga semejante afirmación, así en primera persona, es cosa que no sorprenderá a nadie, a poco y mal que me conozca. Aunque nadie, supongo, sabrá realmente a qué me refiero si no lo explico yo.

Que yo sea una fuerza de la naturaleza, un salvaje o un maleducado insufrible, puede ser la opinión de conocidos más o menos próximos. Pero este número trata de nuevos mundos y nuevas ideas así que yo no voy a hablar exactamente de mí, sino de una idea de lo más vieja que, con adornos de modernidad y absurda sensibilidad, se nos presenta últimamente como el colmo de la civilización y cumbre de

moralidad. Me refiero al vegetarianismo militante y excluyente. Ya tenía ganas de colocar estas palabras tan de moda en uno de mis artículos. Pero, recuperando los tintes herbáceos de la cosa, vayamos al ajo o meollo del asunto.

No tengo nada contra los vegetarianos. Ni yo mismo, por salvaje que sea, reniego de las verduritas. Soy omnívoro. Con ciertas salvedades, que no voy a explicar, como de todo. Hasta puedo dar la razón a los que dicen que la comida vegetariana es más saludable y la carne un veneno. Esto último, bien es cierto, sólo lo comparto después de zamparme un buen chuletón y quedarme ahíto, hinchado, empachado y dolorido.

Pero a los que no soporto es a los modernillos enterados y progres de vía estrecha que me dicen que ellos son vegetarianos por algún tipo de estúpida solidaridad animal que les hace suponer que el carnívoro es un asesino sádico que antepone su placer gastronómico a la tierna vida y el sufrimiento de los pobres animalillos. El tono bucólico ya me harta, aunque me parta de risa imaginando a un pastor de los que aparecían en églogas y demás anunciando que no hinca el diente al dulce corderito de blancos rizo con el que pretende hacer su estofado. Algunos, en aras de una supuesta civilización, llegan a ser memos, cursis, gazmoños y estúpidos. Y porque estoy de buen humor, que si no les llamo gilipollas perdidos.

Que comer es un placer, no lo voy a negar. Que algunos, y hasta puede que yo me incluya en el paquete, son capaces de lo que sea con tal de darse el gustazo de una buena comida, también es cosa segura. Pero que el carnívoro sea un asesino sin corazón me parece llevar las cosas al extremo y al ridículo. Porque, lo queramos o no, debemos comer y zamparnos a otros seres vivos. Que no somos plantas que podamos hacer la fotosíntesis y respetar a las "criaturitas del Señor", nuestros "hermanos" los animales. Estos vegetarianos de vía estrecha lo que son es unos cegatos. Tanto que se preocupan por la naturaleza y el entorno y se olvidan de que lo único que hacen, como en esas fábulas llenas de animales, es antropomorfizar y buscar una imposible identificación de todo con el ser humano y sus ideas.

¿Lo importante en el asunto del carnivorismo qué es, que los animales, pobrecitos, sufran? ¿O que matemos seres vivos para

sustentarnos? Porque lo segundo es inevitable y lo primero, me temo, es una mera cuestión evolutiva: todo bicho viviente ha desarrollado mecanismos para enterarse de que sufre daños. Fastidiosos en muchos casos, pero necesarios, y sin ningún tipo de derecho adquirido por ello. Porque, al cabo, parece que lo único que nos preocupa es que los pobres animalitos que tienen un sistema nervioso parecido al nuestro deben sufrir como nosotros y chillan y berrean cuando les hacen pupa. Por eso los vegetarianos sienten pena por ellos y dicen que es un crimen sacrificarlos y comérselos. Quizá esos mismos defensores de los derechos animales respetan con idéntico ímpetu el sufrimiento de una araña, una mosca o un gusano, que también tienen sistema nervioso aunque ni chillan, ni berrean ni demuestran emoción alguna, pero me da la impresión de que muchos entre ellos no se han planteado este detalle ni la posibilidad de adoptarlos como mascotas cariñosas y respetables. Jainitas, me temo, no hay muchos, ni entre los vegetarianos defensores de los derechos de los animales. Pero es que los demás seres vivos, aunque no tengan sistema nervioso, también se mueren si se los corta, trocea o guisa. Una semilla, una lechuga o un champiñón también son seres vivos. Y muchos de ellos, al contrario que los animales, mantienen células vivas y la posibilidad de regeneración cuando nos los comemos. Vale, que no tienen sistema nervioso. Vale, que no se quejan, ni corren o huyen del cuchillo mientras están vivos. Pero, ¡leches!, tampoco sabemos si sufren o sienten dolor o molestias de algún tipo cuando les son sustraídos pedazos de sí mismos o son devorados por el vegetariano militante. ¿Qué derecho superior debe tener, si lo que nos molesta es el respeto a los derechos de los seres vivos, un animal doméstico, un mamífero o un ave, o incluso un pescado o una gamba, sobre un pobre insecto, un gusano, una larva, un tomate o una seta? También ellos tendrán el derecho a la vida, ¿no? ¿O es tener un sistema nervioso, un parecido anatómico con el hombre, la causa de los derechos? Casi cualquier animal tiene nervios y receptores sensoriales, casi todos sienten de algún modo el daño, el dolor, lo manifiesten del modo en que lo hagan. Pero claro, es un crimen comerse al animal, pero casi nadie va mirando al suelo para no pisar una pobre hormiga y matarla entre atroces dolores. Ni he visto a muchos vegetarianos de éstos que digo haciendo campañas contra los

insecticidas o los vermicidas antiparasitarios. Y, llevándolo al extremo, si lo que nos importa es la vida en general, protejamos a los microbios, a los nematodos, el plancton, las algas, protozoos y bacterias. Aunque, claro, nuestro puñetero sistema inmune no se dará por aludido y seguirá cargándose a todo bicho viviente que se cuele en nuestro cuerpo buscando, ¡ay pobre inocente!, cobijo y acomodo entre nuestras células asesinas.

En fin, que llevar las cosas al extremo es estar tarado. Y estos vegetarianos a mí me lo parecen. Que no les gusta la carne, pues que no coman. Que les dan pena los animalitos, pues que coman verduras y en paz. Pero que se dejen de campañas gilipollescas adornadas de "moralidad superior".

Pues lo dicho, que me cargan un montón estos tipos. Dejadme comer el jamoncito, so pesados. ¡Y si es ibérico es un crimen rechazarlo! Ya sabes, Euforita, petarda, que no sólo es que no te soporte a ti. Además es que me tienes harto con tus memeces veganas. Haz lo que quieras. Come y deja comer. No digo que haya que torturar a los bichos para zampárselos, pero tampoco para librarse de los que molestan, sean chinches o lombrices. Tú déjame a mi bola y no me vengas con tu absurda cháchara moral. ¿Estamos?

Sergi Lipodias

Buscando nuevos mundos el genio los extrae, aparentemente, de su cabeza, aunque quizá están ahí, reales o deformados, y él se limita a extraerlos con su don especial. A posteriori, la genialidad es siempre sencilla, lógica, elegante. Viendo el resultado, el proceso parece tan fácil que los pobres mortales nos creemos capaces de alcanzar la genialidad. Pensamos, desarrollamos la idea, la realizamos. Y, después de todo, no hay genialidad ni nada que se le parezca. El resultado es simple, cutre, ridículo. Es más fácil percibir la genialidad que poseerla. Imposible emularla, por más ansias de ir más allá que sintamos.

El temible burlón

POR UN MUNDO MEJOR

Escuché hace unos días una de esas frases absurdas y rumbosas que se gastan los políticos de manera habitual. Da igual que sea época preelectoral o una simple reunión ante simpatizantes, posibles votantes o meros curiosos. No voy a decir el nombre del artífice porque es un lugar común de todos ellos, sea cual sea su signo político, y la circunstancial "culpa" del momento, no debe hacer pensar que otros se manifestarían de un modo distinto.

El tipo, ante la pregunta de un periodista, dijo que deseaba que "todas las cosas fueran mucho mejor". Se refería a la marcha del país y los problemas cotidianos y, claro, parecía querer dar la impresión de que el deseo de sus rivales políticos podría ser el contrario, cosa harto dudosa. Porque cada cual, salvo algún que otro sociópata, varios narcisistas y ególatras y cierto tipo de depresivos o lunáticos, afirmaría con rotunda sinceridad que desea ese futuro mejor. Por ello el lugar común, la obviedad y el absurdo de la situación. Nadie en sus cabales diría que desea o espera que las cosas vayan peor o la simple estabilidad de la situación, aunque en lo personal muchas veces se recurre al "virgencita, que me quede como estoy".

El caso es que yo también deseo ese futuro espléndido sin preocupaciones y, con bien poca imaginación, soy capaz de pensar en una receta segura para lograr que los problemas más importantes de la humanidad se reduzcan de un modo notable. Bastaría con tener los recursos suficientes para mantener a la humanidad de un modo sostenible, repartirlos adecuadamente y reducir los egoísmos personales para que todo marchara mucho mejor, para que los grandes conflictos desaparecieran y cada pueblo de cada país pudiera gobernarse sin demasiadas interferencias.

Como receta quizá alguno piense que no está mal. Pero se trata de un nuevo absurdo, una obviedad ridícula como la del político de marras. Porque ya se sabe el trecho tan largo que media de lo dicho a lo hecho y, por más que la simpleza del argumento parezca convertirlo en tarea sencilla, la realización del deseo es harto complicada.

A muchos les gustan las recetas sencillas. Quizá piensan que lo aparentemente simple es fácil de ejecutar. Pero no es cuestión de

que la ecuación sea corta y clara, sino de que sus términos sean difíciles de manejar, y éste es el caso. A lo largo de la historia han sido muchos los que, quizá armados, al menos en un principio, con la mejor de las voluntades, han querido cambiar el mundo y arreglarlo de una vez. Han fomentado cambios y revoluciones, han dirigido pueblos y naciones, han reunido a otros grandes líderes con los que salvar el mundo y, a la postre, las cosas se han quedado poco más o menos como estaban o han ido todavía a peor. En ocasiones, milagrosamente, uno tiene la sensación de que se han dado pequeños pasos en la dirección adecuada. Pero nadie ha resuelto la ecuación, por más que, racionalmente, parezca posible, incluso materialmente posible, tal resolución.

¿Qué es lo que falla? ¿Por qué no hemos sido capaces de fabricar ese mundo nuevo y feliz, o casi? Me temo que, por sencilla que sea la ecuación, hay que lidiar con impulsos demasiado fuertes. Al tratar de hacer los cambios pretendidos siempre pincharemos en hueso. El ser humano es egoísta y un tanto miope en cuanto a su observación de los problemas o el futuro. El "pájaro en mano" o el "san para mí" son motores muy poderosos, mucho más, seguramente, que los más sinceros deseos filantrópicos. No abundan los santos y sí los egoístas. La fórmula es sencilla, pero los medios son tortuosos y difíciles de seguir. Así que, preferiblemente, no esperemos recetas milagrosas. Con un poco de suerte, por cazurros que seamos, seremos capaces de lograr que, pasito a paso, las cosas vayan un poco mejor, que esquivemos los múltiples abismos que aguardan acechando el futuro de la humanidad, y que ese bien común, ese futuro más justo, el nuevo mundo soñado, la mítica tierra de promisión pueda ser alcanzada por nuestros descendientes en un futuro que, como los países de los cuentos de hadas, se intuye muy muy lejano.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL GLORIOSO IMPERIO

Se trataba de una ocasión doblemente singular para los tripulantes de la San Quintín. Por una parte, se enfrentaban a un enemigo que se intuía superior, al menos en apariencia, pero que representaba no sólo un desafío sino una promesa de nuevos tiempos,

de triunfo y conquista. Por otra, a la hora de afrontar su destino, todos se sentían imbuidos de una espiritualidad que los había llevado a comulgar con especial humildad, convencidos de que el Señor se hallaba con ellos en aquel trance donde se dirimía el futuro de la humanidad.

Años atrás nadie habría supuesto que La Nueva Hispania iba a ser la encargada de dirigir a la Cristiandad Reunificada ante el enemigo extranjero, como si Lepanto fuera el presente, una ocasión recuperada para los nuevos tiempos.

Todo recomenzó cincuenta años atrás, cuando los agoreros de lo por venir anunciaban que el terrible cambio climático que se avecinaba era consecuencia de la acción de hombres egoístas enfrentados a la naturaleza. Y no iban desencaminados en su análisis, aunque sí en sus causas. Hombres egoístas que se enfrentaban a un mundo que había sido creado a su servicio sí que los había. Pero el castigo por las ofensas era de mayor alcance y más sutil de lo que aquellos pobres descreídos podían imaginar.

España, la reserva espiritual del Occidente Cristiano, estaba al borde del abismo. La falta de fe, las costumbres perniciosas, el librepensamiento y la licenciosidad, estaban acercando al país elegido por Dios a sus vecinos de la Europa atea que muchos envidiadan. El futuro de esa España envilecida se intuía tan oscuro como el de tantos otros humanos idólatras y descreídos, enamorados sólo del dinero y su propio egoísmo. Las temperaturas comenzaban a ascender, el clima enloquecía, a las sequías las seguían las inundaciones y, sin relación aparente, hasta se multiplicaban incendios, erupciones volcánicas y terremotos. En este panorama desolador, los españoles, sometidos a tan dura prueba, se comportaron con la gallardía que siempre los caracterizó y que ahora, al dejarse arrastrar por las corrientes liberalizantes de raíz judeo-masónica, parecían haber olvidado. Pero no todos habían caído en el pecado. Un reducto de católicos fieles y comprometidos sirvieron de semilla para el glorioso resurgir. Si en las últimas décadas la riqueza había envilecido a muchos españoles, quizá mezclados con los pobres extranjeros de sangre impura, los Verdaderos Creyentes se habían mantenido firmes y ahora poseían la reserva espiritual que podía servir de motor de la salvación y hacerlos

destinatarios del milagro divino. En cuanto que se identificó a los culpables de la ruina y se intuyó el cambio posible, millones de españoles se lanzaron con furia visigótica e ibérica a recuperar la fe de sus antepasados y rogar a Nuestro Señor que perdonase a los hispanos el desliz y los convirtiera de nuevo en luz del mundo, en guía de la perdida humanidad. Y Dios, desaparecidos comunistas, socialistas, centristas, liberales, masones, homosexuales, artistas y toda la gente de mala vida, fulminados por la ira de sus convecinos redivivos a la fe y portadores de la voluntad divina, se apiadó de la humanidad y convirtió a la Gloriosa Iberia en portadora de su mensaje y estandarte de los cambios del porvenir.

Entonces los cambios milagrosos se hicieron patentes. La climatología adversa revertió sus efectos. Dejaron de producirse extraños fenómenos telúricos. Las sequías, las inundaciones, los vientos huracanados, las plagas, la contaminación, todos los males respetaron a la católica tierra hispana, mientras todo tipo de males arruinaban a los países vecinos y diezmaban a sus pobres gentes. Sólo España en el mundo permanecía al margen de los problemas del planeta y la confusión de la humanidad atemorizada. La prosperidad era la norma, los españoles eran ricos y felices, respetuosos con la fe, con el ambiente, con el semejante. Y, armados de caridad cristiana, socorrían en lo posible a todos los desgraciados y menesterosos que en el mundo había.

Ése y no otro fue el comienzo de la universal cruzada. No fueron necesarias para la conquista otras armas que la bondad, la misericordia, la prosperidad y el ejemplo dado a la humanidad postrada. España, otrora sumida en miserias y mezquindad, se había elevado sobre sus recios y antiguos cimientos, convertida en la potencia más próspera y envidiada del momento, aún más admirada que en tiempos del laureado césar Carlos o de su bisnieto el Rey Planeta. España, ejemplo y envidia del mundo, se convirtió en modelo de virtud, en modelo a imitar. Primero fueron los agradecidos portugueses, los viejos hermanos ibéricos, los que voluntariamente pidieron formar parte de la pía España. Volvieron al redil del imperio y la fe y todos sus males se solventaron rápidamente por sus propios méritos y con la ayuda de sus vecinos españoles y de las potencias celestiales. Más

tarde, el ejemplo luso cundió. Los pérfidos gabachos fueron los siguientes en querer unirse al tradicional enemigo. Les siguieron italianos y alemanes y, al cabo de poco tiempo, todo el resto de la vieja Europa que, merced a su pronta y sincera conversión, fue favorecida por el nuevo poder imperial y pudo alzarse de su reciente postramiento para gobernar el mundo como siempre lo había hecho. Los problemas desaparecieron para ellos y toda Europa, la Nueva Iberia, fue envidiada por todo un mundo famélico y empobrecido. Así, no fue extraño que algunos países más se sumaran a la Nueva España, lográndose sin una gota de sangre lo que las Naciones Unidas no habían conseguido en todo un siglo de existencia: paz y prosperidad como el mundo jamás había conocido.

Pero no todos estaban satisfechos con la situación y las miradas de admiración y deseo de emulación se convertían, a menudo, en insanos celos y envidias, en miradas aviesas cargadas de las peores intenciones. Cuando toda la América hispana volvió al redil de su vieja patria y todo el mundo ortodoxo, con la gran Rusia a la cabeza, pero siguiendo el temprano ejemplo de los griegos, se adhirió al catolicismo del Imperio Hispano, los celosos estadounidenses, añorantes de su pasada gloria y empecinados en buscar enemigos contra los que lanzar su menguado poder, declararon la guerra a las huestes hispanas. Inútil esfuerzo, pues el Señor peleaba junto a los aguerridos hispanos y sus aliados, y aun hubo quien afirmó ver al propio Santiago, armado y sobre blanco corcel, guiando hacia el triunfo a sus protegidos. Tras la dura derrota, toda América del norte se unió a los nuevos líderes del mundo, cuya cabeza visible era el Emperador Felipe VII.

La Nueva Hispania era ya la mitad del mundo, pero todavía no llegaba a ser el viejo imperio en que no se ponía el Sol. Faltaban tres continentes para sumar el total de la humanidad. Aunque no tardaron en producirse nuevos milagros. Toda Oceanía, desde Australia a la Micronesia, se adhirió voluntariamente al Imperio. El orgulloso Japón se convirtió a la fe que no había logrado despertarles el santo Javier. Los hindús renegaron de su fe pagana y pasaron a formar parte del orden imperante. ¡Hasta los chinos renegaron de su comunismo y abrazaron el cristianismo militantes, más justo y misericordioso que sus impías ideologías! El África negra, siempre empobrecida, pidió ser

admitida en la gran España. Ya no era tiempo de misioneros y limosnas, así que la cristiana metrópoli, cedió la capitalidad de la provincia africana a sus amables hermanos de Guinea Ecuatorial, y consintió en que todos los negritos del continente, una vez cristianizados, participaran de las innúmeras ventajas de la españolidad.

Ya sólo quedaban los malvados moros, tan impíos como ciegos en su fe. Cuando el Sáhara Español, años atrás absorbido por los malvados marroquíes, pidió volver a ser parte de esta nueva España, todos los hermanos musulmanes declararon la guerra santa al glorioso imperio que amenazaba con convertirse en ecuménico. Tiempo perdido y almas condenadas. De un plumazo, el Magreb fue arrasado y convertido. Turcos y árabes de toda índole, tan maravillados como asustados, renunciaron a las falsedades del Islam y abrazaron la fe verdadera que nunca sus antepasados debieron abandonar.

Ya sólo quedaban en el mundo los pertinaces judíos, ya sin el apoyo del Capital y los masones. Pero ni ellos fueron capaces de resistirse a la Fe Verdadera. Todo el pueblo israelí pasó a ser Sefarad, cada deicida abrazó el catolicismo sin dudar, logrando por las buenas lo que los Católicos Reyes no lograron con la amenaza de expulsión.

-En verdad, en verdad os digo –afirmó el Gran Rabino de Jerusalén, que a la sazón era presidente de los sionitas- que mucho hemos tardado en aceptar al Mesías y ya era hora de hacerlo.

Así, en pocos años, se logró la unidad de todo el mundo, bajo las banderas de la españolidad y la cristiandad, olvidadas las funestas costumbres que habían puesto en peligro al orbe todo. España, esta nueva España planetaria, ahora sí podía presumir de ser Una Grande y Libre, como sus grandes próceres habían soñado a lo largo de su magnífica y denostada historia. Ya no había más nacionalismo que el hispano. Más fe que la Católica y el pensamiento único ya no abarcaba el impío mercado, sino tan sólo la justicia y la verdad.

Un planeta con una sola fe y un único gobierno. Una humanidad unida que se lanzó a conquistar el espacio inconmensurable, dispuesta a extenderse por toda la galaxia. ¡Hasta el infinito y más allá! Deseosa de hallar seres extraterrestres, inhumanos inteligentes a los que

extender la fe salvadora. De ahí las grandes exploraciones recientes. De ahí la ocasión a que se enfrentaba la San Quintín.

La humanidad, la Iberia Estelar, había conquistado dos docenas de mundos en los que ahora habitaba el hombre y por los que se extendía la Fe Verdadera. Pero sólo un año atrás los hombres se encontraron con una raza extraterrestre a la que se pudiera considerar civilizada. Eran seres cultivados, de tecnología avanzada. Incluso poseían una elevada moralidad que sojuzgaba sus instintos agresivos. En principio, se mostraron felices del encuentro con los humanos, dispuestos a compartir su sabiduría y su afecto con los terrestres. Pero los humanos, aún más generosos, les ofrecieron la fe salvadora del catolicismo. Los pobres ingratos se opusieron a la conversión, incluso por la fuerza cuando la armada hispana quiso hacerles entrar en razón. Por eso la humanidad les declaró la guerra. Una guerra santa y justa que no pretendía su derrota ni su humillación, nada tenía de sometimiento político o conquista, sino que tan sólo buscaba su salvación.

Doce naves humanas, con la San Quintín a la cabeza, se enfrentaban a las inconmensurables hordas del Imperio Plupodias, que así se hacía llamar aquella gente descreída. Doce naves, número idéntico al de los apóstoles santos y el Mesías en la cena final. Doce enviados celestiales contra aquellos judas galácticos faltos de iluminación.

Y la batalla fue en verdad digna de ver. Porque los disparos de los humanos destrozaban las naves enemigas como si sus huestes estuvieran formadas por tenues mariposas en vez de aguerridos soldados alienígenas. Los disparos de los plupoditas no hacían, sin embargo, mella en las naves humanas. Una aura sagrada las protegía, haciendo innecesarios los escudos de fuerza. Mientras, los tripulantes de las naves humanas entonaban un "Te deum" que hacía vibrar todos los corazones. La San Quintín, cual flamígera espada arcangélica, penetraba la formación enemiga sembrando el vacío espacio de muerte y destrucción. Los alienígenas no daban crédito a lo que sus sentidos les decían, no podían creer lo que afirmaban los sensores de sus sofisticadas naves. Sus armas portentosas eran inútiles contra los hispanos, inferiores en número y armamento, pero invencibles en su fe.

Entonces, en mitad del caos, una luz blanca y divina iluminó toda la escena. Fue el preludio del fin de la guerra al que siguió la declaración del Supremo Podias, líder de los enemigos ateos.

-Cesen las armas y callen las voces exaltados por el odio –dijo el líder imperial-. Nos rendimos a la evidencia. Nos rendimos a la fe de los humanos. Porque en verdad, en verdad os digo que no hay más fe que la Católica a la cual mi pueblo y yo nos convertimos con todo el corazón. Desde hoy los plupoditas seremos hermanos de los humanos en la fe en Cristo y siervos de su mismo Dios.

El comandante Pelayo, líder de la expedición humana y capitán de la San Quintín, escuchó la transmisión alienígena con lágrimas en los ojos. Luego, cuando la ceremonia de rendición se celebró, abrazó a su nuevo hermano Podias sin rencor ni doblez, pese a su tacto húmedo y viscoso. Aquél era un día glorioso para la cristiandad. Un pueblo entero se había convertido en masa a la Fe Verdadera y la Iglesia Católica podía presumir de ser auténticamente ecuménica.

El Imperio Español gozaba, sin duda, del favor divino y grandes gestas quedaban todavía por vivir a pueblo tan afortunado mientras las ascuas de la última guerra santa apenas empezaban a consumirse en los inflamados corazones de los guerreros de la fe.

Narciso de Lego

(autor de la primera obra espacial del cristianismo verdadero)

EL HOMBRE DEL MAÑANA

Hoy me he levantado un tanto pesimista, o eso me temo. La alternativa a mi pesimismo sería una lucidez más bien desagradable acerca del futuro que nos aguarda. Como no sé si hoy me siento realista o misántropo, me limitaré a describir la imagen del hombre del futuro que se dibuja en mi imaginación.

Antes de poner la breve descripción del sujeto tipo, un breve inciso. Son tantos los que han hablado de evolución humana, de gentes del futuro que nos superan en todo o se convierten, como los elohí y los morloch de Wells, en subhumanos venidos a menos, o en mutantes de película serie B, o Z de la Troma, que parece haber poco espacio ya para la especulación acerca del hombre por venir. Según ánimos y augures, nos moveríamos entre el superhombre nietzscheano y la

piltrafa de existencialista deprimido. Aun hay quienes ven futuros distintos y divergentes para hombres y mujeres, por razas y por clases sociales. Si yo tuviera que quedarme con una condición que pudiera marcar las diferencias futuras, me apuntaría a esta última: la diferencia de clase. La pasta, vamos, a la que acompañan la educación, el conocimiento y la propia conciencia de superioridad. Creo que, ante todo, somos siervos del consumismo y el mercado y, como tales, nuestro futuro estará condicionado por nuestra eficacia como miembros de provecho de la sociedad. En este sentido, mi propuesta quizá suene más deprimente que imaginativa.

Yo no me imagino seres humanos de cabeza voluminosa en razón de una portentosa inteligencia superior. Tampoco me imagino seres carentes de vellos, apéndice vermiforme o dedos meñiques de los pies. Ni telépatas o genios, ni gentes de moralidad superior. No imagino varones apolíneos ni venus de las que hacen caer la baba al macho más discreto. Ni monstruos dotados de alas o escamas, ni siquiera seres adaptados a la vida subacuática o a manejarse en las profundidades carentes de gravedad del espacio sideral. No, mi visión es más pedestre y de menos largo alcance.

Me imagino a una humanidad embobada y obesa. Millones de consumidores aguerridos que se zampan todo lo que la publicidad les vende, sin criterio ni juicio. Que se apoltronan ante el televisor o su sucesor futuro, que se tragan la publicidad igual que otras formas de desinformación. Ansiosos de bienes materiales y enamorados de la pereza y la molicie. Con cerebros llenos de células y vacíos de contenido e interés. Convertidos, por mor de la educación y los tiempos, en analfabetos funcionales sin cultura o curiosidad, ahítos de bienes superfluos y que jamás se cuestionan el orden establecido y sus insignificantes, acomodadas y absurdas existencias. Consumidores modelo. Ciudadanos modelo. Individuos mastodónticos con todas sus vísceras llenas de grasa y el cerebro por estrenar. Devoradores de todo lo superfluo. Gordos sebosos, de sobrepeso alarmante, siempre hartos de comida basura, de información basura, de diversión basura, de inactividad basura. Pánfilos comodones que se creerán libres y privilegiados, con todo lo adquirible por dinero a su alcance y ni un solo pensamiento original. Patéticos rumiantes que se dedican a comer,

beber, dormir, disfrutar y morirse, sin hacer nada interesante en sus vidas de autocomplacencia. Representantes ideales del destinatario de esta demagogia creciente, la del pensamiento único y la pseudodemocracia liberal, que se confesarán felices, como todos los tontos que han sido, son y serán en este mundo nada simple.

En fin, una visión deprimente. Ya lo había avisado.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL OTRO MUNDO

Me causan cierta lástima mi pobre hermano, preso de nuevas alucinaciones místicas, y esta vez también literarias, así como mi madre y hasta el impresentable de Sergi, malmetiendo y ofendiendo a todos los veganos por una simple venganza personal.

Me gusta presumir que soy algo más racional que todos ellos y que carezco tanto de su estupidez como de su maldad. Así que me voy a limitar a comentar un caso antropológico el cual pienso que está muy relacionado con el tema de esta revista.

Para hablar de esos nuevos mundos soñados o buscados, nada mejor que regresar al Nuevo Mundo en el que tantas tribus habitan. Nada más apropiado que retornar a la inmensa y aún desconocida, por más que esquilmada, cuenca del Amazonas. Es el lugar donde habitaban los ambaigos. Algunos dicen que toda la tribu al completo desapareció por sus creencias. Otros pensamos que fue sólo una comunidad la desaparecida. Y confiamos en que sus hermanos puedan permanecer lejos del hombre blanco y sus mezquindades para no verse forzados a tomar una decisión tan drástica como la que condujo al aniquilamiento, quizá también al éxtasis postrero, de los ambaigos contactados.

En tribus primitivas es común el uso de drogas, extraídas de plantas, hongos o incluso animales, para ponerse en contacto con otro "mundo" al que se considera el propio de los espíritus, al que se accede en una suerte de viaje astral psicotrópico. Es bastante natural, habida cuenta los escasos conocimientos de esas pobres gente, el confundir un mero efecto fisiológico provocado en su mente por un alucinógeno con una experiencia mística incomparable. El chamán, lejos de lo que creen muchos occidentales, no es un embaucador. Él mismo participa de la experiencia y cree en sus resultados de todo corazón. Las

enfermedades se pueden curar por la magia. Un hombre puede hablar con sus ancestros o con espíritus diversos, ya sean de los animales cazados, del bosque o de la enorme Madre Tierra. Admitido que la droga es un vehículo válido para contactar con esa otra realidad, es lógico que las creencias tribales queden articuladas en torno a la droga y las experiencias que genera.

Hablar de estas creencias no supondrá novedad alguna para cualquier lector con unos mínimos, e incluso nulos, conocimientos en antropología. Pero no serán tantos los que conozcan el caso de los ambaigos, los indígenas que, según la bibliografía que yo conozco, han llevado su creencia en estos "viajes astrales" hasta su punto más extremo y a unas consecuencias que, a la postre, fueron fatales para ellos. En cierto modo, una no puede evitar que a su imaginación acudan imágenes de sectas modernas de lunáticos practicando un suicidio colectivo que no buscaban, convencidos de que el final de sus ritos y ceremonias era el paso a otro plano de realidad y no la muerte que a cualquier tipo medio normal le habría parecido el resultado seguro de sus acciones.

En realidad no se sabe lo que les sucedió a los ambaigos, salvo que murieron repentinamente, como si una plaga los hubiera aniquilado. La teoría más aceptada, que yo comparto, relaciona su desaparición con la llegada del hombre blanco y con sus costumbres ancestrales. Se sabe que no padecieron de muerte violenta y, el hecho de que todos murieran juntos en la plaza del poblado y no dispersos por sus chozas, resta fuerza, igualmente, a la hipótesis de la infección aniquiladora. ¿Qué nos queda, pues, como causa de su extinción? El consumo masivo de su droga tradicional: la "uchumbamba", producto de origen vegetal el secreto de cuya extracción y procesado se perdió con la desaparición de los ambaigos.

Cuando el hombre occidental entabló contacto con los ambaigos fue para ellos una catástrofe. Bien pronto intuyeron que su mundo había tocado a su fin, que iban a perder sus tierras, su libertad y hasta sus tradiciones. De nada servía pelear, pero tampoco estaban dispuestos a rendirse ni a convertirse en meros siervos de los blancos.

El único antropólogo que mantuvo contacto con ellos, y lo hizo poco antes de su hecatombe, fue el canadiense Ricordi. Apenas

aprendió los rudimentos de su idioma y obtuvo una vaga idea de su modo de vida, sus tradiciones o su religión. No fue bien recibido. No lo trataron despectivamente ni con violencia, pero Stefano Ricordi se sintió como quien se ha colado en un lugar donde no debe estar y es, educadamente, ignorado. Los ambaigos le hicieron el vacío, igual que se empeñaron en negar la presencia de los colonos y comerciantes. Era inútil, y ellos mismos lo sabían. Los problemas no desaparecen porque uno mire hacia otro lado.

Cada vez más, los indígenas se refugiaban en las drogas para huir de esa desagradable realidad. Tomaban un jugo de bayas fermentado, la "abuba", y consumían, fumada o tomándola por boca, la uchumbamba. No aceptaron probar las bebidas de los invasores, ni la cachaça ni el ron. Tampoco aceptaban comida, útiles o ropas de ellos, como tampoco se avenían a cooperar.

La desgracia de los ambaigos estaba próxima. Ricordi se perdió el terrible suceso y sólo tuvo noticia de él cuando regresó a la selva tres meses después de que todo sucediera. Todos los miembros de la tribu habían muerto, sin signos de violencia ni de enfermedad. Todos en corro, abrazados en torno de una hoguera ritual. Como si de una fiesta se tratara, habían consumido abuba en gran cantidad y, por el olor que impregnaba todo, en ella habían diluido grandes cantidades de uchumbamba, como parte o fin de la ceremonia.

La conclusión era clara. Los ambaigos, rodeados por extraños invasores, se habían inmolado colectivamente. No queriendo participar de aquellos cambios, no deseando adaptarse ni consumirse lenta y patéticamente, habían acabado con todo de una vez. Claro que, conociendo la espiritualidad de aquellas gentes, aunque fuera de un modo somero, había una sospecha al respecto que parecía la conclusión más razonable.

Según los ambaigos los vivos y los muertos vivían en mundos separados. El terrenal era sólo una preparación, un preludio del otro en el que los ambaigos debían morar hasta que les llegaba su hora y pasaban al mundo de ultratumba, más real y superior que el de los vivos. Los ambaigos hablaban con sus ancestros por medio del consumo de uchumbamba y era lógico pensar que, ante la invasión, su comunicación se intensificara. Por eso cada vez se drogaban más.

Hasta que decidieron acabar con todo y dar el salto de una vez. Si el país terrenal de los ambaigos iba a desaparecer, sus pobladores debían trasladarse en masa al país ultraterreno donde serían recibidos con los brazos abiertos por todos sus familiares y amigos. La tribu ambaiga perviviría en ese lugar superior, inaccesible para los torpes occidentales.

Sin duda sabían que una sobredosis de uchumbamba podía causarles la muerte. En alguna ocasión lo habrían presenciado. Y tal vez pensaban que ése era el camino más directo para viajar con sus hermanos del más allá. Así que, perdido el mundo terreno, toda la tribu participó de la fiesta ritual cuyo fin fue el consumo masivo de la droga y la plácida muerte de todos los ambaigos. De sus visiones o experiencias antes del coma y la muerte sólo se puede especular, pero sin duda todos murieron felices. Ricordi no pudo ver sus rostros, ya que los cadáveres habían desaparecido, pero los testigos que presenciaron la dantesca escena del hallazgo, afirmaron que en todas las caras había rostros felices y satisfechos. Ojalá encontraran su nuevo mundo del más allá, lejos de injerencias y al lado de todos sus amigos y parientes. Quizá en el más allá siguen cazando, charlando, cantando y bebiendo uchumbamba que los transporta de vuelta a sus perdidos bosques de la Amazonia o a otro mundo distinto, un más allá tras el más allá. Si uno es creyente, debe resultar hermoso pensar que los sueños y las leyendas pueden convertirse en realidad.

En la Tierra, entretanto, algunos pobres occidentales interesados por las culturas nativas confiamos en que existan otras tribus de ambaigos todavía no contactadas –esperemos que no lo sean jamás, o lo sean de un modo menos agresivo, que no los fuerce a otra huida semejante- y que puedan seguir con su cultura y sus conversaciones ultraterrenas, hablando, quizá, con sus parientes muertos que los han prevenido contra el malvado hombre blanco. En fin, también una atea tiene derecho a mantener cierta clase de credulidad.

Euforia de Lego

¿CÓMO ESTÁS, MORENO?

Aquel inhóspito paisaje resultaba verdaderamente fastidioso. Lord Reginald Willoughby lamentaba profundamente haberse embarcado en aquella aventura costeada por el erario público. Sentía verdadera lástima por los desdichados habitantes de aquella región, pero aún le inspiraban mayor misericordia los miembros de la expedición. En boca de Mr. McKenzie la aventura había parecido mucho más interesante a los miembros del National Geographic. El propio Willoughby fue el primero en proponer que una nueva expedición fuera enviada a aquella remota región de la China Interior. Pocos occidentales habían oído hablar siquiera de la provincia de Junggar-Pendi, limítrofe con el Imperio Ruso. Con ocasión del retorno de Mr. McKenzie y la exposición de sus experiencias y hallazgos, todos consideraron necesaria una nueva expedición que completara la anterior. El mismo Foreign Office se interesó en aquella remota región fronteriza del noroeste de China y decidió costear la aventura. Mr. McKenzie fue puesto al mando del grupo, que completaban dos oficiales del ejército de Su Majestad, el teniente Hutchinson y el sargento Fitzgerald. El primero era un agradable joven de buena familia, pero el segundo resultó ser un irlandés insoportable y cascarrabias. McKenzie era un experto viajero y conocedor de múltiples culturas y civilizaciones, pero para completar la expedición se escogió a un orientalista de renombre como Lord Willoughby. Ciertamente, él no se ofreció voluntario -nunca se le hubiera ocurrido hacerlo-, pero alguien sugirió su nombre y, dado el explícito apoyo manifestado anteriormente a favor de la expedición, Reginald Willoughby se sintió incapaz de negarse a una sugerencia que venía del propio ministro de exteriores, una de las múltiples voces de Su Real Majestad. Por esa estúpida exaltación en el National Geographic se había visto atado de pies y manos y se encontraba ahora en los confines de la China, abandonando una ciudad llamada Yumin, cerca del lago Alakol, que era el último baluarte medianamente civilizado de aquella región.

¡Qué mala fortuna la suya! Si ya era bastante malo verse empujado a aquel horrible viaje, resultó que su situación empeoró notablemente al llegar a Pekín. El gobierno chino dio su consentimiento a aquella expedición científica y proporcionó la inestimable ayuda de unos

cuantos sabios locales para organizar el viaje. Aquellos sabios celebraban largas reuniones en las que, junto con McKenzie, se discutían los itinerarios. Tan serias reuniones acabaron con McKenzie afectado de purgaciones. Aunque a todo el mundo se le dijo que era un fuerte resfriado el que lo había postrado, Willoughby sabía muy bien que su enfermedad procedía únicamente del vicio. No acabaron ahí las desdichas del grupo. El embajador británico hizo saber a McKenzie que Su Majestad confiaba en recibir prontas noticias desde el norte, así que la expedición debía partir inmediatamente. McKenzie aún no estaba recuperado y no se le podía esperar. Con la falta de McKenzie el jefe de la expedición científica era Willoughby, así que tuvo que partir con los dos soldados al mando de un pelotón de chinos de Hong-Kong encargados de defenderle y con una buena corte de porteadores encargados de dificultar aún más sus movimientos por aquel salvaje territorio. Como a tantos estudiosos del pasado de lugares exóticos, a Willoughby le invadía ese estúpido sentimiento de que los descendientes de aquellas gentes inmensamente civilizadas habían degenerado en la barbarie. Ciertamente Willoughby se sentía mucho más satisfecho estudiando restos y escritos de las viejas dinastías que paseándose entre aquellos miserables amarillos a través de las infectas calles de sus ciudades.

No obstante las quejas de Willoughby, personaje pedante donde los haya, el viaje hasta Yumin había resultado cómodo e incluso agradable, en palabras del teniente Hutchinson. Ningún contratiempo les había afectado. Ni el mal tiempo, ni los frecuentes salteadores de caminos, ni la torpe burocracia imperial, les habían impedido recorrer la provincia recabando informaciones, objetos y docenas de pliegos de papel impreso. Willoughby, por supuesto, no compartía esa opinión. Tampoco Fitzgerald, un tanto aburrido por la falta de acontecimientos.

En una aldea próxima a Yumin un viejecillo de aspecto noble y bondadoso les contó algunas hermosas leyendas de la región. Posiblemente, hasta el propio Willoughby, encargado de verter a la bella lengua inglesa las palabras traducidas del dialecto local al mandarín por un servicial funcionario del Imperio, disfrutó con aquella narración. El anciano les habló asimismo de una mítica aldea, próxima a la suya pero aislada por lo inaccesible del relieve, donde la gente era muy extraña. En las palabras del anciano había asombro, respeto y un cierto temor

supersticioso. Fuera cierta o no aquella leyenda, que hacía referencia a la "aldea de los oscuros" no estaba de más comprobarla. Willoughby, como siempre, se mostró un tanto remiso a cambiar los planes del itinerario que ya se habían trazado, pero, quizá movido más por el tedio que por los propios argumentos esgrimidos, se dejó convencer fácilmente por los dos soldados, deseosos de encontrar alguna novedad en su viaje.

La aldea, real a pesar de la leyenda que la rodeaba, respondía al nombre de Uan-Tanamo, según confesaban en tono de reverente respeto las gentes de los pueblos que la expedición iba atravesando en busca del mítico asentamiento. Willoughby no encontraba significado alguno para tan extraño término. En chino mandarín no existía traducción posible de dicho nombre. Esta aparente falta de significado tampoco resultaba sorprendente dada la abundancia de lenguas y dialectos existentes en aquella remota región. Más extraño era que el guía chino que los acompañaba, conocedor de las lenguas principales de la provincia, tampoco hallase significado para aquel término. Era harto habitual que los toponímicos y nombres propios de aquellas regiones tuvieran significados propios y familiares. Cabía la posibilidad, claro está, de que el nombre de Uan-Tanamo tuviera sentido en el desconocido dialecto de los habitantes de tan remota aldea; no en vano todos sus vecinos coincidían en considerarlos sumamente extraños, lo cual no dejaba de ser notable para un occidental como Willoughby, cuyos criterios convertían en bárbaros y extraños a todos los habitantes de aquella región. Otra posibilidad, por supuesto, era que aquel vocablo hubiera sido deformado desde su forma original hasta terminar perdiendo el sentido.

Los dos soldados se mantenían al margen de las cavilaciones filológicas de Lord Willoughby. Ambos se morían de curiosidad por llegar a aquel misterioso Uan-Tanamo que parecía atemorizar a todos sus vecinos. ¿Les aguardaría finalmente la aventura a la vuelta del último recodo de su ya largo camino? Al decir de todas las personas con las que habían hablado, la remota aldea se hallaba ya a menos de dos jornadas de camino, situada en uno de los estrechos valles del pequeño macizo montañoso por el que habían comenzado a avanzar.

Aquella noche acamparon en un rellano a la falda de una montaña escarpada tras la cual, según les habían dicho, se hallaban "los oscuros". Willoughby no era tan curioso como para preguntarse qué extrañas costumbres habían llevado a sus vecinos a utilizar tal apelativo para referirse a los pobladores de aquella aldea. Además estaba lo bastante cansado como para que el agotamiento hubiera borrado todo rastro de imaginación, que ya era d por sí bastante escasa, de su cabeza. El efecto contrario habían producido las largas jornadas de marcha sobre el inquieto Fitzgerald. Sus escasas luces habían comenzado a parpadear ante la proximidad de acontecimientos y, en los desvaríos de su corta imaginación, dibujaba a "los oscuros" como una peligrosa secta guerrera a la cual el valeroso irlandés debía enfrentarse bravamente para alcanzar la gloria del triunfo. Entre ambos europeos quedaba Hutchinson como clara muestra ante los porteadores de que no todos los blancos estaban completamente locos.

A la mañana siguiente Fitzgerald, impaciente, despertó a toda la expedición a tempranas horas de la madrugada. Hutchinson, más sereno, se dedicó a planear la jornada acompañado por el somnoliento Willoughby. Al decir de sus guías, aquella jornada, si eran capaces de alcanzar la cumbre y comenzar el descenso por el otro lado, alcanzarían la misteriosa aldea ante de que cayera la noche.

Así pues, la ascensión comenzó bien temprano. Aunque al comienzo la falda de la montaña presentaba una fácil subida, conforme alcanzaban mayor altura, y como, por otra parte, cabía prever, se incrementaron notablemente la pendiente y la dificultad de avanzar. A mediodía apenas habían llegado a la mitad del ascenso y todavía faltaba lo más difícil. La expedición hizo un breve alto para comer y reponer fuerzas para, al momento y pese a la oposición del agotado Willoughby, proseguir la penosa ascensión.

Por fortuna, pese a que la ladera se volvía cada vez más escarpada, uno de los porteadores tuvo el buen tino de encontrar una estrecha vereda entre las rocas, bastante más practicable de lo que prometía su aspecto, y era casi la hora del té cuando lograron alcanzar la cumbre. Fue Hutchinson el primero en llegar y a su alegría por culminar la conquista de aquel remoto pico unió al instante la no

menos importante de comprobar que el descenso parecía sencillo gracias a que aquel sendero de montaña proseguía hasta el pie por aquel lado y desembocaba, previsiblemente, en un grupito de chozas blanquecinas que se apoyaba contra la ladera al fondo del valle, tan frágiles, en apariencia, que debían descansar su estructura contra las protectoras rocas del pie del monte que las albergaba. El práctico Hutchinson se dijo que aquellas casuchas bien podían ser la misteriosa aldea de Uan-Tanamo.

La pequeña expedición inició trabajosamente el descenso. Aunque el camino no era malo, sus piernas estaban ya cansadas después del ascenso y la bajada, aunque más sencilla, resultaba tremendamente agotadora debido al simple esfuerzo por no dejarse llevar ladera abajo a cada paso que daban. De manera que, pese a que su deseo, salvo quizá el del quejumbroso Willoughby, habría sido el de alcanzar la falda lo antes posible, se les hizo noche cerrada cuando llegaron al fondo del valle.

Según habían ido descendiendo, la aldea se había hecho más visible y sus contornos, pese a la oscuridad creciente, cada vez habían resultado más nítidos. La aldea estaba formada por apenas una docena de casas bajas, de color blanco, dispuestas alrededor de lo que bien podía ser una plazuela. Y también había quedado perfectamente claro que las casuchas no estaban pegadas a la falda de la montaña sino que de ella las separaba una distancia que, sin ser considerable, bien podía ser de una cien yardas. Hutchinson, como jefe del grupo, decidió levantar un campamento al pie del monte aquella noche. No parecía aconsejable que un grupo de extranjeros, formado por chinos de más al sur y gente de grandes ojos, se presentara en una pequeña aldea remota a altas horas de la noche pidiendo refugio y asegurando ser amigos. Lo más probable, caso de entrar entonces a la aldea, habría sido que los aldeanos huyeran despavoridos o, peor aún, los recibieran armados de hoces, palos y guadañas, dispuestos a defender sus propiedades de la inesperada invasión foránea.

Por una vez nadie se quejó. Quizá a Fitzgerald no le habría desagradado la idea de una escaramuza a esas horas de la noche, pero hasta él se encontraba demasiado agotado como para protestar. Y,

desde luego, no iba a ser Willoughby quien discutiera la posibilidad de pasar la noche en una incómoda tienda de campaña o, peor aún, en una inmunda choza llena de extranjeros piojosos. De modo que plantaron sus tiendas -una para los tres europeos y dos para los más numerosos chinos- y trataron de descansar, lo cual lograron con notable éxito pues, curiosamente, el clima de aquel valle profundo parecía dulcificado con respecto al exterior. La noche fue fresca sin llegar a fría y el aire resultaba húmedo pero no en exceso. Willoughby, sin permitirse confesarse completamente satisfecho, se dijo que no todo habían de ser incomodidades en tan penoso viaje.

La mañana fue fresca y agradable. Fitzgerald, sin quererlo, despertó a casi todos, incluidos, por supuesto, sus dos compañeros de tienda. El fogoso irlandés se despertó temprano y se puso a hacer ejercicios gimnásticos a la puerta de la tienda. El objeto de sus ejercicios era el de no perder su envidiable forma física y su único inconveniente para sus vecinos era lo ruidoso que Fitzgerald se mostraba a la hora de realizar los más sencillos movimientos, acompañándolos de soplidos y gruñidos que daban a entender el exceso energético del que el sargento hacía gala.

De modo que todos estaban despiertos, vestidos y levantados cuando se produjo el encuentro. Fitzgerald estaba terminando sus ejercicios, Hutchinson y Willoughby desayunaban dentro de la tienda. El primero, a la vez, daba órdenes a los chinos y el segundo se limitaba a tomar café sin apenas saborearlo, convencido de que aquella inmunda infusión era la peor que nunca había degustado. Fue entonces cuando uno de los intérpretes se dirigió entre nervioso y atemorizado al teniente Hutchinson:

-Uno de los aldeanos está a la puerta de la tienda y desea hablar con ustedes, señor -dijo el chino.

-Perfecto -replicó Hutchinson en un perfecto y sereno inglés-. Por favor, dígale que pase.

-Lo siento, señor, pero no sé cómo. Ninguno de nosotros entiende lo que dice.

Hutchinson cabeceó sintiendo lástima por aquellos pobres patanes. Haciendo gala de la famosa flema británica de la que él era un notable exponente, introdujo en su boca el último bocado de bacon

ensartado en el último trozo de huevo, lo masticó pausadamente, tragó, dejó la servilleta sobre la mesa de campaña y, tras suspirar apenas perceptiblemente, se levantó de su silla y se acercó lentamente a la entrada de la puerta seguido muy de cerca por el traductor chino.

Pero, pese a toda su compostura inglesa, el desayuno estuvo a punto de atragantársele en el gaznate cuando vio al desconocido al otro lado de la entrada . Jamás hubiera imaginado aquel rostro redondo, de labios carnosos y grandes ojos que le mostraba sus enormes y blancos dientes en una amplia sonrisa de recibimiento.

-Pero, ¡qué demonios...! -masculló en voz alta el soldado- ¿Quién diantre es usted? -preguntó en inglés sin caer en la cuenta de que aquel personaje quizá no entendía sus palabras.

Evidentemente el negro sonriente que tenía delante no había entendido nada de lo que Hutchinson había dicho. Aquel individuo vestía de blanco y llevaba un sombrero de paja, pero nada de su atuendo ni de su aspecto lo relacionaba con el lugar en el que se encontraba. La pregunta clave no era acerca de la identidad del personaje, más bien había qué preguntarse cómo demonios o en qué expedición había llegado un negro a aquella remota zona de la China Interior.

El negro, dirigiendo hacia Hutchinson una mirada de tremenda curiosidad, comenzó a hablar atropelladamente en una lengua que no era el mandarín ni nada que se le pareciera. Hutchinson no hablaba chino, pero había oído su ritmo demasiadas veces como para saber que el negro hablaba otra lengua. Finalmente, ante los mutuos gestos de incomprensión, el negro hizo un movimiento con su mano, se tocó el pecho y dijo en voz alta y clara, aunque arrastrando ligeramente las vocales:

-*Ma-Nué*.

Hutchinson sonrió. Estaba claro que esas dos sílabas constituían el nombre del extraño. El negro sonrió y se mantuvo expectante. Hutchinson se llevó la mano al pecho y dijo a su vez:

-Pierce -y tras una pausa añadió:- mi nombre es Pierce Hutchinson -sin esperar que la segunda parte fuera comprendida.

-*Pirs* -repitió el negro mostrando sus grandes dientes. Su acento, desconocido, estaba plagado de extraños matices. Parecía que le costaba terminar las palabras, alargaba las vocales y remarcaba las erres aunque les daba un cierto tono nasal.

-*Vaya con el blanquito* -pronunció, incomprensiblemente el negro, aunque su amplia sonrisa parecía indicar burla o diversión.

En ese momento salió de la tienda el estirado Lord Willoughby, quien, al ver al negro, hizo inmediatamente un gesto de extrañeza que, no obstante, pareció pomposo a los ojos de Hutchinson y claramente divertido, quizá por ridículo, a los ojos del extraño.

-¿Qué hace aquí este... hombre? -preguntó Willoughby, corrigiendo en el último instante el sentido racista que iba a tomar su frase si hubiera pronunciado la palabra negro, como fue su primer impulso, con la entonación con que ésta solía acudir a sus labios.

-Amigo Willoughby -respondió calmosamente el teniente-, no tengo la menor idea de lo que hace este hombre en China ni de cómo ha llegado hasta aquí. Hasta ahora sólo he podido averiguar que se llama Ma-Nué.

Willoughby miró de arriba abajo al negro y luego repitió el examen con el teniente. La mirada desdeñosa que dirigió al soldado estuvo a punto de convertir la irritación de Hutchinson en verdadera violencia contra el nominal jefe de la expedición. Para Willoughby, sin embargo, la limitada inteligencia del militar saltaba a la vista. Estaba claro que aquel negro no era un chino. Por supuesto, debía de tratarse de un porteador incluido en alguna otra expedición europea presente en la zona. Su cuadriculada imaginación podía alcanzar, todo lo más, a convertirlo en un africano sirviente de chinos o árabes o, en la cumbre del delirio, un negro americano de esos recién liberados que se creían personas de derecho. Aunque esto último resultaba harto improbable.

Dispuesto a demostrar sus amplios conocimientos, Willoughby probó un saludo en mandarín -una de las pocas palabras que conocía de aquel complejo idioma-, insistió con su versión en el dialecto local -única expresión que había aprendido recientemente- y, fastidiado por la mirada estúpida del negro y su sonrisa simplona, ensayó con un saludo en hindi, otro en árabe y, finalmente, las

versiones francesa y alemana -únicas lenguas que de veras conocía-. Pero el único resultado fue que el negro repitiera, divertido, algunas de las palabras:

-Guten morjen, Bonyur, ¡qué bueno, mi viejo! Este blanquito habla tan raro que no lo entiende ni su compadre.

Willoughby no tuvo más remedio que admitir su fracaso y se encogió de hombros. Hutchinson consultó con una mirada a uno de los traductores chinos y éste se limitó a poner ojos de cordero degollado. No, Hutchinson no le culpaba por no saber entender aquel galimatías.

Fue entonces cuando acudió el bueno de Fitzgerald, recién terminados sus ejercicios matutinos. Increíblemente, no pareció inmutarse ante la presencia de aquel negrazo en pleno corazón de la China. Lo miró con su cara estúpida y sólo se le ocurrió decir:

-¡Qué curioso!

Como si aquello fuera lo más natural del mundo.

-¿Qué hay de nuevo, blanquito? -le dijo a modo de saludo el negro.

-Es tremendamente curioso -repitió el irlandés levantando una ceja, síntoma de que aquellas palabra del negrito le habían sorprendido más que su aspecto o su simple presencia en aquel lugar.

-¿Cómo ti llamas, amigou? -ensayó Fitzgerald, sin fijarse en las miradas extrañadas que le dirigían los dos ingleses.

-¡Anda, chico! Éste sabe hablá en cristiano -exclamó en voz alta el negro abriendo unos ojos como platos.

-¿Le entiendes? -preguntó igualmente incrédulo el teniente Hutchinson.

-Pues, sí -respondió el sargento con naturalidad-. Habla español.

-¡¿Español?! -clamaron al unísono Hutchinson y Willoughby.

-Sí, español -se reafirmó Fitzgerald.

El sargento Patrick Fitzgerald rara vez comprendía por completo a sus compañeros y superiores. Esos ingleses pomposos tenían la mala costumbre de complicarlo todo demasiado. Claro que aquel negro hablaba español, aunque con un acento un poco extraño, más marcado aún que el de los andaluces con los que había casi

convivido durante más de tres años. Si después de haber pasado tres años sirviendo a Su Majestad en la colonia de Gibraltar no iba a reconocer la lengua española que se había visto forzado a aprender, entonces no sabría diferenciar un idioma de otro ni en toda su vida. Pues claro que hablaba español, y bien clarito. Otra cosa era saber qué pintaba en China ese negro, pero eso ya se lo preguntaría cuando viniera al caso. Los ingleses como Hutchinson y, sobre todo, el memo de Willoughby, tan creído como se lo tenían y, al cabo, se ahogaban en un vaso de agua. Gracias que le tenían a él al lado, al irlandés Fitzgerald, para resolverles los problemas.

Y fue entonces cuando, por medio del rudo sargento, los dos ingleses pudieron satisfacer su curiosidad acerca de aquel negro llamado Manuel y su gente: los habitantes de aquella misteriosa aldea a la que llamaban de los oscuros, la aldea de Guantánamo.

El negro Manuel, divertido ante la enorme sorpresa de los blanquitos, que era casi tan grande como la de sus vecinos amarillos, contó su historia, que comenzaba con la de su abuelo, el bueno de Jiang Chu, aquel chinito valiente que se lanzó a hacer las Américas.

Su tierra nunca había sido muy rica, pero en el tiempo de Jiang las cosas iban bastante mal. Las guerras, la sequía y un par de plagas habían llevado el hambre hasta la aldea. La familia de Jiang era numerosa y él, joven y fuerte, decidió marcharse, con la idea de aliviar a sus padres y hermanos de su carga y quién sabe si de hacer una cierta fortuna con la que sacarlos a todos de la miseria. De manera que Jiang, no contento con marcharse a la ciudad o a la lejana costa donde abundaban las oportunidades, decidió ir más allá. Primeramente sí que fue a Shanghai y de allí hasta Hong-Kong, la colonia inglesa, pero, no contento con la miserable vida a la que parecían condenarlo los trabajos que allí aguardaban a un pobre e ignorante campesino del Interior, Jiang decidió cruzar el gran charco y embarcarse en un vapor como fogonero, dispuesto a abrasarse en las calderas a cambio de salir del país.

El barco partió con rumbo sudeste. Su primer destino fue el puerto chileno de Valparaíso, en la costa pacífica del cono sudamericano. Allí vio Jiang por primera vez otras gentes distintas a los chinos o a los ingleses explotadores que lo habían contratado.

Cuando descendió a la ciudad, después de semanas sudando y consumiéndose echando carbón al fuego, Jiang comprobó que los estúpidos prejuicios de los ingleses persistían en los estirados chilenos, que también lo trataban como a escoria. Pero, escoria o no, Jiang estaba decidido a salir de la miseria y a volver a su aldea para sacar a los suyos de la penuria. Poco importaban los desprecios de los blancos y menos aún lo agotador del trabajo. Jiang, testarudo, estaba convencido de que un día su suerte cambiaría.

Así que Jiang, sin desanimarse, hizo varios viajes más con el mismo barco. Recaló en Perú, siguió al norte hasta San Francisco y allí se sintió tentado de abandonar el vapor y contratarse como peón en el tendido del ferrocarril. Muchos compatriotas suyos vivían, o malvivían, allí y podía sentirse casi como en casa. Pero los norteamericanos eran tan estúpidos como los demás blancos y, quizá, un punto más racistas aún. Así que Jiang decidió quedarse en su barco. Cuando lo abandonara sería para aprovechar una oportunidad mejor, no para anclarse a otra esclavitud, mayor que la del barco, ya que atarse a un trabajo en tierra significaba la casi inmovilidad.

El barco recaló luego en México y allí Jiang fue despedido por el patrón, a quien los negocios no parecían irle demasiado bien. Jiang, pese a verse lanzado a tierra firme, se sintió en cierto modo afortunado. Los mexicanos no eran mala gente. Aunque había algunos españoles orgullosos, eran más frecuentes los indios y mestizos amables que incluso se esforzaban por comprender su muy deficiente pronunciación.

Finalmente, después de dar tumbos de un lado para otro del país, Jiang pudo entrar a trabajar en las calderas de un nuevo barco que tenía su sede en un pequeño puerto de la península de Yucatán. El barco tenía una ruta comercial fija con Santiago de la Habana, en la isla de Cuba, y para allá partió con el pobre chinito. Jiang no sólo estaba en el otro extremo del mundo, lejos de su casa, separado de su país por dos océanos y un continente, además se encontraba completamente solo. Y solo se sintió durante varias travesías, invadido por una melancolía que no eran capaces de borrar ni la calidez tropical del Caribe ni las horas de descanso en el puerto de La Habana.

Pero con el tercer viaje las cosas cambiaron. El barco había tenido una seria avería durante el viaje y hubo de quedarse en dique seco durante dos semanas, mientras duraron las reparaciones. De modo que Jiang, como los demás marineros, tuvo que pasar ese tiempo en la isla. Y el ambiente del puerto no era suficientemente variado como para matar el aburrimiento durante dos semanas, de modo que Jiang se dedicó a explorar la ciudad, capital de la vieja colonia española.

La Habana, Cuba en general, fue todo un descubrimiento para Jiang. La gente era simpática y amable; en apariencia feliz. La mezcla de razas y culturas era sorprendente, y más sorprendente aún era la fácil armonía en que convivían las distintas etnias. Quizá eran los prejuicios de Jiang los que habían lo habían cegado ante la belleza de otras ciudades y la sociabilidad de otras gentes, pero lo cierto es que después de mucho tiempo Jiang ya no se sentía extraño ni extranjero aunque estuviera a miles de millas de su casa. Podía sentirse chino y cubano a la vez. Allí nadie lo rechazaba por su aspecto o sus costumbres. Todo lo más algún negrito burlón se reía sin malicia de su extraño acento.

Así que, cuando el barco estuvo listo para partir, Jiang decidió no marcharse con él. Prefirió quedarse en Cuba, donde se sentía tan bien, tan fácilmente integrado en una cultura mezcla de otras pero con una marcada personalidad. Y, ahora que ya no era marinero ni tenía suficiente dinero ahorrado, tuvo que ponerse a trabajar para mantenerse. De manera que Jiang fue peón de la construcción, fue plantador de caña, fue criado de un rico criollo a quien la idea de hacerse seguir por un oriental de pura cepa y no un mestizo de segunda o tercera generación le pareció de lo más afortunada y, finalmente, se dedicó a recorrer la isla comerciando con sus propios productos y, como el negocio marchó relativamente bien, se atrevió a abrir una fonda donde se servía comida china y a importar productos de su país que a él le hacían recordar su tierra y además se vendían bien en la isla.

Jiang se casó con una negrita de nombre Cecilia y fue muy feliz. No se olvidó de su familia allí en China y, como vivía con holgura, se preocupó de mandar dinero a los suyos. Tuvo tres hijos: Chicho,

Luciano y Lucrecia, a los que sacó adelante no sin cierto esfuerzo, y al final de sus días vio a los tres casados, se vio con un par de nietecillos y, como no todo podía ser felicidad, vio como su Cecilia se moría de unas fiebres, y quizá fue entonces cuando sintió nostalgia de su tierra. Se vio viejo en su querida Cuba, viudo, aunque con una familia considerable, y decidió que no estaría mal volver a su tierra al final de sus días, aunque sólo fuera para despedirse de sus viejos conocidos y la que había sido su gente y, de paso, contarles lo feliz que había sido.

Pues dicho y hecho. Jiang se desplazó desde Camagüey donde vivía hasta Guantánamo, de donde partía un barco con destino a África del Sur. Hasta allí lo acompañaron sus hijos y nietos, su yerno y sus nueras para despedirlo con lágrimas en los ojos. Ninguno esperaba que el abuelo volviera. Estaba muy viejo y el viaje sería sin duda muy duro. Si por lo menos pudiera llegar a su aldea. Sus hijos hubieran querido acompañarlo, pero todos tenían una familia que cuidar, unas obligaciones que su padre comprendía perfectamente. Eran más importantes sus nietos que los deseos de su pobre abuelo loco.

Pero Jiang era un hombre fuerte a pesar de sus años. Tomó el barco hasta El Cabo y allí embarcó en un vapor que lo llevó hasta Ceilán, de allí otro transporte hasta la Indochina francesa y, por fin, un nuevo vapor hasta Hong-Kong, desde donde el viaje ya fue por tierra, hacia el interior, atravesando casi todas las provincias del Imperio.

El viaje hasta la aldea le llevó casi un año. Fueron once meses y medio, para ser exactos. Por el trayecto conoció muchas gentes y culturas, y, ya en China, comprobó que había olvidado muchas cosas, incluso hablaba el chino con menos fluidez. Pero lo que no podía olvidar era su querida isla de Cuba, tan lejos ya en la distancia y tan cerca y viva en el recuerdo.

La nostalgia, no obstante, no le impidió cumplir su deseo primero, que era el de volver a su aldea para ver a los suyos. Cruzó las montañas y la vio al pie de la más alta, exactamente igual como la recordaba del día de su partida. Claro que sus recuerdos no se correspondían con los de la gente. Si a él le pareció que la aldea no

había cambiado en más de treinta años, los vecinos no opinaban lo mismo. Claro que los vecinos tampoco recordaban al bueno de Jiang. Sus padres habían muerto hacía mucho tiempo y sólo le quedaban un hermano y dos sobrinos, uno de los cuales se encargó de agradecerle los envíos de dinero que mandaba año tras año desde la lejana Cuba. Era ése el único vínculo que mantenía con la aldea, de la que no podía recibir noticias pues nunca había sabido leer ni escribir, como tampoco sabían hacerlo su hermano o sus sobrinos.

De todos modos, saltaba a la vista que no había demasiadas noticias nuevas. Habían muerto algunos, otros habían nacido, pero la vida en la aldea seguía siendo esencialmente la misma. Su hermano y sus sobrinos no tenían demasiado que contarle, pero sí estaban deseosos de escuchar las hermosas historias que Jiang había vivido en la lejana América. Jiang, devorado por la melancolía, no ponía ningún reparo y se pasaba horas relatando sus vivencias, que tan exóticas parecían a los pobres aldeanos. Al principio las historias sólo las escuchaban su hermano y sus sobrinos, pero pronto todos los demás vecinos acudieron a pedir los relatos de Jiang. Cuando varios meses después Jiang cayó gravemente enfermo y todos temían por su vida, el único consuelo posible era recordar su pasada felicidad. Si hubiera sido posible, si no hubiera estado tan viejo y tan débil, Jiang habría emprendido el viaje de vuelta a Cuba, para ver por última vez a sus hijos y nietos, a sus amigos y a la propia isla. Después sólo le habría restado morir en paz. Sólo que este último deseo no iba a poderse cumplir. Jiang murió en el lecho rodeado por su familia china, la que lo había casi olvidado y ahora lo lloró como si nunca se hubiera marchado.

Ciertamente hubo gran duelo en la aldea por la muerte del viejito. No sólo era que le hubieran cogido cariño. Jiang, además, los fascinaba con sus historias de una tierra casi tan pobre como la suya pero llena de felicidad, de Sol y de gentes alegres, como si aquel trocito de Caribe fuera un verdadero paraíso. Así que aquella noche, la de la muerte de Jiang, todos los aldeanos lloraron por el viejecillo y por las historias perdidas. Todos soñaron con su paraíso particular lleno de hombres felices de tez morena y todos desearon encontrarse allí, vivir allí.

Y fue entonces cuando sucedió el milagro. Quizá fue la fuerza del deseó o el espíritu de Jiang quien lo obró. Nadie sabía explicar cómo, pero a la mañana siguiente, cuando la gente se despertó, todo había cambiado. Aunque la gente no pareció sorprenderse demasiado, como si en el fondo lo hubieran esperado. Ahora la aldea se llamaba Guantánamo, las casas eran blancas, el pueblo soleado y sus pobladores hombretones negros de blancos dientes y bellas morenazas de sonrisa radiante. Ahora los sobrinos de Jiang eran Manuel y Tobías, su padre se llamaba Anastasio y todos eran negros. Y era negra la abuela Celedonia y negritos los niños de Manuel como era una negraza su querida Rita. Y el monje budista que vivía en una cueva ahora era el padre Rodolfo, el único blanquito, y vivía en una iglesia. Y el viejo comerciante ahora era un rico hacendado y todos plantaban tabaco y caña y, aunque todos sabían que hasta la noche anterior eran chinos, ahora ninguno recordaba una sola palabra de su antigua lengua y todos hablaban castellano como lo más natural y bebían aguardiente de caña mientras se fumaban un bien liado purito a la sombra de uno de los palmitos que ahora bordeaban la aldea. Y desde entonces habían pasado ya quince años y todo seguía como aquel primer día.

-*Pue esa e' la historia, mi viejo* -terminó el negro Manuel, el sobrino de Jiang, dirigiendo una sonrisa al irlandés Fitzgerald.

Hutchinson y Willoughby se miraron el uno al otro después de haber escuchado la alucinante historia de Manuel. Los tres británicos y sus acompañantes chinos visitaron la aldea y comprobaron que era cierto todo lo que Manuel les había contado. Fitzgerald incluso pudo comulgar en la parroquia de Nuestra Señora y confesarse ante don Rodolfo. La gente de Guantánamo les interpretó un son local y dos jóvenes, el hijo de Manuel y su novia, bailaron salsa en su honor. Comieron arroz y frutas y regresaron, extrañadísimos, a su campamento.

Previendo que al contar su historia la expedición pudiera quedar en ridículo, a la mañana siguiente Willoughby se empeñó en tomar fotografías de todo y de todos. Cada uno de los habitantes, lugares y costumbres de la aldea china de Guantánamo fue inmortalizado en los días sucesivos. El lingüista tomó mil y una notas,

redactó varias versiones, coincidentes en lo esencial, de la historia de Manuel, que a la sazón ejercía de alcalde del lugar. Hutchinson se quedó asombrado al contemplar la inesperada capacidad de trabajo del antipático noble, a quien hasta el carácter parecía haberle cambiado. El bruto de Fitzgerald, ajeno a cualquier buena costumbre, se empeñó en perseguir a varias de las mozas casaderas del pueblo, para enfado de todos los aldeanos, aunque la situación se solucionó tras la mediación del padre Rodolfo, quien pidió al irlandés que no molestase a las muchachas.

Al cabo, tres semanas después de su llegada, la expedición británica se marchó de Guantánamo en dirección a Pekín. Aunque podrían haber seguido investigando la región, Guantánamo había satisfecho con creces toda su curiosidad. Abandonaron la provincia y se dirigieron al sur, invirtiendo el viaje que en su día realizara Jiang hacia la costa.

En Pekín recogieron a un completamente restablecido Mr. McKenzie, quien escuchó incrédulo su historia pero contempló perplejo las fotografías. La expedición ya al completo tomó un barco a Hong-Kong y, desde allí, con varias escalas, se dirigieron a Londres, impacientes por presentar su gran descubrimiento ante los miembros de la National Geographic Society.

Una vez en Londres se preparó la presentación de los resultados. Mr. McKenzie introdujo a su colega Willoughby y el Lord expuso clara y concienzudamente sus descubrimientos y mostró las numerosas pruebas que avalaban la veracidad de aquella increíble aldea caribeña en plena China Interior. Lo que no pensaba era que las reacciones del público iban a moverse desde el estupor a la auténtica ira ante tan ridícula tomadura de pelo. Obviamente, nadie creyó aquella historia y McKenzie y, sobre todo, Willoughby fueron apartados de la Sociedad de un modo nada discreto, aunque no llegaron a expulsarlos a patadas de aquella morada de Sabiduría.

Como nadie se molestó en comprobar con una nueva expedición si los expedicionarios se habían vuelto locos o simplemente eran unos torpes timadores, la historia de Guantánamo no volvió a mencionarse en la Sociedad ni el informe presentado fue conservado en los archivos. McKenzie y Willoughby no pudieron ni quisieron reunir

dinero para repetir su desastroso viaje. En lugar de eso el primero se instaló en Sudáfrica y el segundo ocupó un discreto puesto diplomático en un sultanato bengalí. Pero todavía hay algunos indiscretos que, después de un viaje a la China Interior, dicen haber pasado por un extraño lugar habitado por gente risueña con la piel de un tono sorprendentemente oscuro en aquellas latitudes.

Juan Luis Monedero Rodrigo

DE PRÓSTATA Y RETRETE

Maldigo a este nuevo mundo empecinado en renegar de las luces del pasado y en seguir el destello pasajero y fútil de las múltiples luciérnagas sin brillo ni fundamento que lanzan al aire su pusilánime pulso de luz.

El mundo, que estuvo poblado de verdaderos hombres y mujeres, ahora es un reducto de cobardes y mentecatos. Da pavor imaginar cómo será el futuro si uno mira a su alrededor el esperpento que ya constituye nuestro mundo. ¿Nuevos mundos? No, a mí no me engañáis con cantos de sirena y ululatos de lechuza. No hay que buscar novedades salvadoras, ni soñar con mundos futuros. Deberíamos recuperar el pasado con sus gestas y su carácter. Si uno piensa en los antiguos griegos, en Platón que se lamentaba de la edad de hierro en la que vivía y soñaba con la vuelta del oro y la plata de otros tiempos, ha de pensar que le ha tocado vivir, cuando menos, en la edad del cartón, por lo sutil y carente de valor. Y, si en el recuerdo aún guarda memoria de gestas pasadas, y en los libros de texto puede observar las hazañas de los verdaderos humanos, sólo puede tratar de aproximarse, con tanta fantasía como admiración, a aquel tiempo de oro del que hablaba El Académico y suponer cuán superiores en humanidad, bríos y bizarría serían esos humanos antiguos que sobrevivían en un mundo duro y varonil, en un mundo donde ser un hombre tenía sentido. Nadie sabe cuanto lamento haber nacido en esta época sin fundamento. Nostalgia y añoranza de esos hombres del pasado, eso es lo que siento, como debería sentir cualquier hombre de bien, por más que el signo de los tiempos haya embotado sus sentidos. Nos hemos amariconado. Somos blandos, lerdos y cobardes. Para muestra baste un botón.

¿Quién, en otros tiempos, oyó hablar de la incontinencia o de los padecimientos de próstata? Nadie, de seguro. Ese órgano con forma y tamaño de castaña nunca se había rebelado contra sus dueños. Ningún antiguo tuvo un crecimiento anómalo de su próstata, ni cáncer, ni tan siquiera urgencias de micción provocadas por tan poca cosa. En ningún texto antiguo se menciona el apremio de una próstata hipertrófica. ¿Qué hubiéramos pensado de un Ulises o un Augusto aquejado en su vejez de tan denigrante servidumbre urinaria?

Si no se menciona no es por comprensible pudor. Los antiguos no conocían esas componendas. Hablaban como sentían y describían todo en modo exacto y preciso, con rigor cuasicientífico, como nos demuestran los libros del insigne Herodoto o el versado Plinio. Si no hablaban de esas emergencias es porque no las padecían. Y aun me atrevo a sugerir que, pese al ablandamiento de las recias costumbres con el paso de los siglos, ni siquiera esos empolvados dieciochescos, con sus ridículas pelucas y su pomposidad feminizante, tampoco padecían el mal de los "hombres" de nuestro tiempo.

Y la causa de nuestra dolencia, ¡ay amigos!, es más que obvia. La pérdida de las costumbres varoniles, el despilfarro de la virilidad en aras de una supuesta civilización propugnada por invertidos y amariconados, nos ha conducido a este miserable trance de verse impelido a miccionar constante y humillantemente en toda circunstancia y lugar. He dicho.

Los hombres de antes no tenían retretes ni urinarios. No disponían de cuartos de aseo ni mingitorios públicos en los que aliviar su necesidad. Debían mear en el campo, al relente o bajo la lluvia, se limpiaban con piedras o rastrojos, o se aguantaban virilmente las ganas, entrenando *ad infinitum* los hoy debilitados músculos de la micción. De la continencia provenía la fuerza. De la virilidad nacía la resistencia de aquellos hombres aguerridos y valerosos. ¿Quién podría imaginar a Carlomagno o al mismo Cid bajando de su caballo y apartando las piezas de su armadura para mear públicamente? No, no lo hacían. Aguantaban la batalla sin orinar, como verdaderos hombres. Y luego en el reposo, además de yantar y folgar, meaban como auténticos caballeros. No eran pusilánimes como los señoritingos de nuestros días, siempre necesitados de una lugar limpio donde asentar

sus posaderas, siempre con ganas de "hacer pipí". No, ellos meaban como machotes y se aguantaban las ganas como valientes.

Yo, pobre de mí, heredero y muestra de estos tiempos infames, me veo aquejado del triste mal de próstata a que nos condenaron antepasados menos vigorosos que los que aquellos héroes merecieron por descendientes.

Por ello, como todavía no es tarde para hacerlo, desde esta impía columna de un medio de comunicación minoritario y hostil, propugno un a vuelta a los antiguos valores. Destruyamos los retretes, las tazas del váter y urinarios, desprendámonos de comodidades vanas y reforcemos nuestros cuerpos, y vejigas, viriles con la continencia que proporciona la masculinidad.

Seguidme, hombres debilitados, contengámonos, domeñemos nuestras próstatas y nuestros cuerpos todos, y convirtámonos en verdaderos representantes del género masculino de la raza humana recuperando la gloriosa edad dorada de los verdaderos hombres.

Gazpachito Grogrenko
(visionario virilizante e historiador)

EL RECAMBIO CLIMÁTICO

(dedicado a don Mariano Rajoy y a su primo)

A Rafael no le gustaba fumar. Aborrecía el humo y no encontraba ningún placer en los cigarrillos. Quizá era porque nunca había sentido la adicción de otra gente. Tal vez sus receptores neurales ignoraban la presencia de la nicotina. Pero él, aparte del mal sabor de boca y la sequedad del humo, no sentía nada con el tabaco. En el futuro era más que posible que sus pulmones lamentaran tan horrendo vicio. Y, sin embargo, Rafael fumaba como un carretero. No lo hacía por placer, ni por convencionalismo. Lo hacía por principio, por sacrificio incluso. El hábito de fumar, tan desagradable en su caso, era un signo de compromiso con el medio ambiente, con ese mundo al borde de la catástrofe que él junto con tantos otros intentaba desesperadamente salvar.

No tenía mucho sentido culpar a la generación anterior por lo crítico de la situación presente. Ellos actuaron con la mejor de las

voluntades. Pretendían enmendar el mundo, salvarlo a su manera. Pero no se daban cuenta de que sus datos estaban equivocados, que se habían dejado demasiados parámetros fuera de consideración.

En aquella época inocente pensaban que el planeta se estaba calentando por culpa de la actividad humana. Y tal vez estaban en lo cierto, al menos en parte. Pero olvidaban que la Tierra se encontraba tan sólo en un breve interludio, en un periodo interglaciar que no era más que el preludio de una nueva gelidez. Toda la civilización de la humanidad, trabajosamente desarrollada en poco más de diez mil años, se había desarrollado durante esa cálida etapa. Y es cierto que durante varias décadas, o quizá fueron un par de siglos los que transcurrieron en la ignorancia, el planeta se fue calentando paulatina y aceleradamente debido a los gases de invernadero arrojados por el hombre a la atmósfera. Pero, por más que reducir la emisión de contaminantes hizo menos tóxica la atmósfera y frenó el temido calentamiento, evitando que las transformaciones alterasen definitivamente las corrientes marinas o la acidez del propio océano, los pobres artífices de tal logro no pudieron celebrarlo. El peso de la prueba hubo de sacarlos de su error. Porque, apenas empezaba a notarse la mejoría climática pronosticada por los climatólogos, quedó del todo claro que el planeta no marchaba hacia una situación mejor, sino todo lo contrario. Se comprobó, con pruebas irrefutables, que aquel calentamiento mínimo de unos siglos no había sido suficiente para lograr frenar el proceso básico en que estaba inmerso el planeta: el inicio de una nueva etapa glaciar que acabaría, antes que el calentamiento augurado, con la civilización humana y con buena parte de la vida sobre el mundo.

¿Qué se podía hacer, entonces, para evitar ese terrible cambio climático que traía frío, hielo y muerte? Parecía claro, aunque difícil de llevar a la práctica con éxito. Ya entonces era demasiado aventurado pretender que la acción del hombre fuera capaz de frenar el avance de la congelación. Aún peor, se había perdido un siglo en favorecer el efecto contrario, el leve enfriamiento que sirvió de preludio a la llegada progresiva del hielo. Las nieves se recrudecían año tras año, los inviernos eran más largos, los veranos más fríos y los glaciares avanzaban sobre las zonas templadas como un ejército

blanco dispuesto a acabar con las vidas de millones de personas. El cambio climático era ahora un hecho irrefutable y las políticas equivocadas del siglo anterior, por bien intencionadas que fueran, habían empeorado la situación y las perspectivas de solucionarla. Hacía tan sólo unas décadas se luchaba por limpiar la atmósfera del planeta. Ahora, por fortuna, las cosas habían cambiado. Cualquier persona de bien rezaba para que no fuera demasiado tarde y que lo que se podía hacer no fuera demasiado poco.

Rafael era un joven concienciado. Había cursado la asignatura de Ecología Aplicada en sus años de instituto técnico y se había graduado con honores en la Escuela de Minería. Por eso trabajaba en los yacimientos bituminosos. No podía hacer nada mejor si pretendía ayudar al mundo. Y se enorgullecía de su trabajo, pese a sus inciertos resultados. Fumarse tres paquetes al día puede ser un signo vistoso de implicación social, pero los resultados verdaderos no dependían de la combustión de unas simples hierbecillas por parte de ciudadanos concienciados. Si el mundo había de salvarse, sería con los pozos negros, las pizarras bituminosas o los estratos de carbón. Muchos estaban sacrificando, literalmente, su salud y sus vidas, para otorgar una oportunidad al resto de la humanidad. El futuro del mundo era incierto y tal vez los intentos de tanta gente no servirían de nada, pero eran la única esperanza para la humanidad. Sin aquellos pobres esfuerzos el futuro sería cierto y predecible: hielos y más hielos cubriendo todo el mundo salvo, quizá, su zona ecuatorial y los trópicos. Una franja de tierra demasiado exigua para tanta gente, con un clima demasiado alterado como para sostener a la ingente población. No, si el mundo tenía una oportunidad de salvarse no estaba en las simples migraciones, sino en el esfuerzo colectivo para frenar el cambio climático. Esfuerzo, conciencia, técnica, voluntad, y el espíritu colectivo de una humanidad resuelta a salvarse.

Y no había muchas herramientas para lograr el objetivo del calentamiento. Algunos propusieron reactivar volcanes para generar humos y gases de invernadero. Pero, aparte de que la tarea no era fácil y la técnica, basada en explosiones controladas, no era muy fiable, el efecto atmosférico no era el pretendido porque el incremento en gases de invernadero se veía superado ampliamente por

el apantallamiento causado por las cenizas y el hollín, que aumentaban el albedo de la atmósfera y reducían la radiación incidente. Un segundo sistema propuesto, que también había resultado poco menos que inútil, fue la colocación de grandes y costosísimos espejos orbitales que dirigieran los rayos del Sol a regiones en peligro de congelación, para que no se acumulase el hielo y se incrementase la glaciación incipiente. El problema, en este caso, estaba en la relación costes-eficacia. Otras ideas, como los incendios controlados, la síntesis química de gases de invernadero o la generación de calor termonuclear también habían sido descartados por inviables. Al cabo, la combustión masiva de carbón y bitúmenes había sido la mejor, quizá la única, solución. Aunque no se podía quemar el material sin más. No se podía permitir el vertido a la atmósfera de hollín o aerosoles que ensombrecieran la atmósfera y frenaran el Sol. Los humos debían ser cribados y filtrados, para que sólo se emitieran gases de invernadero y calor. Algún agorero anunciaba que la formación de vapor de agua también podía ser perniciosa. Pero no se podía hacer mucho más. Agoreros siempre había y no les faltaba su parte de razón, incluso a los del siglo anterior, por equivocados que estuvieran en lo esencial.

¡Pobre gente! Dos generaciones atrás todavía estaban convencidos de que eliminando gases de efecto invernadero la Tierra se salvaría de un calentamiento global. La ciencia no es perfecta, ni puede acertar si maneja datos incorrectos o incompletos. Y eso fue lo que les sucedió a aquellos ingenuos. No se daban cuenta de que el problema de la Tierra no era el del calentamiento. Cierto que el dióxido de carbono, el metano o el agua aumentaban la temperatura de la superficie del planeta, alterando la atmósfera y la hidrosfera. No menos cierto que los aerosoles, los óxidos de azufre o nitrógeno, el monóxido de carbono, las dioxinas y todo tipo de porquerías provocaban problemas respiratorios y hasta terribles cánceres que entonces aún causaban más muertes que en la actualidad. Que los océanos se acidificaban y mataban corales y animales con concha, que los polos se fundían, que se alteraban las corrientes termohalinas, que los huracanes se hacían más intensos y de mayor recorrido, que había sequías, olas de calor, ascensos del nivel del mar. Pero no era menos cierto que aquellos males, tal como se vio posteriormente, eran

necesarios para la supervivencia. Eran males menores en comparación con lo que se avecinaba. Y no para la supervivencia de la economía, o la elevación de la esperanza de vida de individuos ávidos de perdurar. No, lo eran para la supervivencia de la especie, para el mantenimiento de la humanidad en la Tierra. Porque limpiar la atmósfera de polución sólo sirvió para que el efecto de enfriamiento por la inminente llegada de la glaciación se hiciera patente con mayor claridad que si los humos hubieran ocultado el horizonte, que fue justo lo que ocurrió previamente y que provocó el error de cálculo de científicos y políticos.

Tan convencidos estaban todos, tan obcecados en sus deducciones, que no sospecharon ni tan siquiera que pudiera existir la más mínima correlación entre algunos de los cambios observados, tan provisionales como significativos, y la ola de frío que se avecinaba. ¿Cómo culparlos? ¿Por estar ciegos? El infierno está sembrado, dicen, de buenas intenciones como las de todos aquellos investigadores y filántropos. Y es más que posible que, pese a todos los esfuerzos de la humanidad en el sentido correcto, el resultado del cambio climático habría sido el mismo empezando antes o después con las medidas apropiadas: la edad del hielo y el fin de la pujante y balbuciente civilización humana. Pero claro, siempre quedaría el "y si". ¿Acaso habría cambiado el futuro, el propio presente, si los abuelos y los abuelos de los abuelos hubieran sido conscientes de su error y hubieran abandonado antes sus intentos de limpiar el planeta? Nunca se sabría, pero más valía que la humanidad presente y futura tuviera éxito en sus esfuerzos o poca gente quedaría para lamentar los errores del pasado. Tal vez ninguna. O tal vez grupúsculos vueltos a la barbarie y a las cavernas, como viejos neandertales cazando bestias a través de la barrera de hielos impenetrables.

En fin, no había que ser exagerados ni agoreros. Aunque todo fuera rematadamente mal, cabía pensar que los hielos no serían ubicuos ni permanentes, una franja libre bordearía el Ecuador. De un modo u otro, aunque fuera a un elevado coste de vidas y guerras, parte del género humano sobreviviría y mantendría los mimbres de la civilización para lanzarse a conquistar de nuevo el planeta con el advenimiento de un nuevo periodo cálido. Espantaba pensar en un

futuro tan calamitoso, claro está. Y un futuro con guerras podía significar un invierno nuclear, distinto al del hielo pero aún más dramático para la vida en el planeta. Claro que la humanidad no se iba a rendir. Rafael no se iba a rendir. Y, mientras la lucha contra el frío prosiguiera, había que usar todas las armas para vencer al cambio. Mientras hay vida hay esperanza, que suele decirse.

Y no todo estaba perdido. O eso convenía repetirse cada mañana, aunque los dedos se quedaran momentáneamente ateridos al levantarse y tocar el fino cristal de una ventana. ¡Menos mal que la habitación sí estaba caldeada! Quemar bitúmenes tenía sus ventajas incluso para la simple habitabilidad del hogar. No todo estaba perdido, no. El optimismo ha ganado batallas. La confianza, el ánimo, son buenos baluartes contra la derrota, por poderoso que sea el enemigo. Y toda la humanidad unida contra un frente común ha de tener alguna fuerza. Así lo veía el bueno de Rafael de camino al trabajo. Así lo deseaba ver, al menos, mientras encendía, tembloroso, un nuevo cigarro con sus manos enguantadas. Quizá, después de todo, la victoria sería del más persistente. Ojalá que fuera el hombre. Y era hermoso ver que, cuando menos, la humanidad, siempre beligerante y envuelta en rencillas nacionales, tribales o vecinales, había encontrado un objetivo común que la había unido más que nunca en toda su historia. Siempre hay un lado positivo, incluso en la desgracia. Por triste que sea tener que esperar al albor del fin del mundo para ver a la humanidad unida, siempre es mejor eso que verse envueltos en el caos y perecer como alimañas en mitad de la desorganización.

Claro está que también abundaban los tremendistas que identificaban el hielo con el fin del mundo, lleno de visiones apocalípticas entresacadas de viejos libros y toneladas de imaginación actual. Que cada cual pensara lo que quisiera. Eso a Rafael poco le importaba, y suponía que a los líderes de la humanidad tampoco. En tanto que las gentes siguieran arrimando el hombro y no descuidaran sus obligaciones, los misticismos, religiones y profecías podían servir como acicate y bálsamo para muchos corazones.

Rafael se colocó la mascarilla mientras controlaba el funcionamiento de los manómetros y la calidad del gas de combustión. Con cada molécula de dióxido de carbono, cada partícula de metano o

de irrespirable óxido sulfuroso o nítrico, una brizna de esperanza se elevaba al cielo, aunque fuera un ataque directo a los pulmones de la población en general y de los simples operarios en particular. Más valía pensar que las mascarillas eran razonablemente eficaces como filtro de tanta porquería. En todo caso, cada alvéolo perdido era un nuevo sacrificio en aras del progreso.

Cuando terminó la jornada laboral, Rafael se marchó de la central rápidamente. Bien que el trabajo no era duro en absoluto. Todo, salvo la mera supervisión, lo hacían las máquinas. El control también estaba automatizado y la tarea de Rafael y los demás operarios era meramente de vigilancia. Pero se trataba de una ocupación monótona y aburrida. Además de sucia e incómoda. Rafael se fue corriendo, aunque tuvo tiempo de encenderse un nuevo cigarrillo. Sólo dejaba el vicio mientras llevaba la mascarilla obligatoria. Tomó el transporte a toda velocidad. El cielo tenía un hermoso tono gris plomizo que auguraba buenos humos, como los que nublaban la visión dentro del transporte automático, y posibles lluvias. Ojalá que no fueran demasiado ácidas. Llegó a casa, se duchó y se cambió. Había quedado con Noelia, su novia, para salir a comer. Era un día especial. Hacía justo tres años que Rafael asistió a la conferencia de Noelia en la fábrica. Ella había sido técnico de la última estación orbital de calentamiento y a Rafael lo enamoró aquel mismo día mientras describía los espejos parabólicos y su complejo montaje. Tras la charla, él se había presentado y, con la excusa de hacerle unas preguntas, la invitó a tomar unas copas. Desde entonces hasta ahora. Ella, que poco trabajó para la malograda estación, ahora se encargaba de desarrollar sistemas de control de emisiones para los vehículos de tierra de motor químico. Cuanto más contaminaran mejor. A la postre era un trabajo casi tan monótono como el de Rafael. Con igual conciencia ecológica y exiguo sueldo. Pero les permitía vivir en la misma ciudad y compartir un horario semejante.

Para la presente ocasión, Rafael llevaba un bonito regalo. Se trataba de su anillo de pedida: un diamante sintético azulado fabricado a partir de carbón residual de la fábrica. Quizá habría sido más romántica una cena, pero dos razones lo habían impedido: la asistencia a una reunión de controladores por parte de Noelia y la

imposibilidad de hacer la reserva en un buen restaurante para cuando saliera de ella.

Noelia se presentó puntual y preciosa. Le entregó un paquete nada más besuquearlo. Ella era así de impaciente. Rafael lo abrió y vio con agrado que se trataba de una hermosa pipa en madera de boj. Él aguardó a los postres para entregar el suyo. Justo iba a enseñarle el pequeño paquete cuando Noelia le indicó el holovisor sobre la mesa de al lado. Hay gente para todo y abundan los que no dejan de ver la programación ni durante el almuerzo. Pero esta vez la llamada de atención fue justificada: una hermosa locutora anunciaba que en el último trimestre las temperaturas habían aumentado en 0'3 grados centígrados con respecto a la media de los últimos diez años para las mismas fechas. Era prematuro echar las campanas al vuelo, pero cualquier noticia era bien recibida y ésta, supuesto que el dato fuera en verdad significativo, parecía un buen presagio. Así se lo tomó Rafael que, cuando Noelia le devolvió su atención y una hermosa sonrisa, le entregó la cajita envuelta en papel de regalo. A Noelia le costó abrirla, pero luego, con el anillo en sus manos, lo miró embelesada. Rafael no esperó ni un instante más, tomó su mano, hizo su petición y, ante el leve gesto de emocionado asentimiento, deslizó el anillo en el perfecto anular de su prometida. Afuera, un tremendo relámpago seguido de un estampido anunció la inminente tormenta. Era bueno que lloviera, aunque a ellos, particularmente, les resultara molesto el aguacero. En realidad no había nada que pudiera estropear un día tan hermoso y lleno de buenos presagios para su futuro común.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR

(no sabemos dónde está, ¿se habrá ido de exploración?)

EL VIEJO MUNDO

No me sorprende que en este panfletillo de progresistillas se hable del deseo de novedades y nuevos mundos. Personas de más fuste

y moralidad probada como yo no podemos estar en acuerdo con la idea de que la novedad sea necesaria y menos aún deseable.

Yo también deseo otro mundo, pero no uno nuevo, sino el viejo en el que crecí y al que vi descomponerse ante el ímpetu disgregador y malvado de esas novedades que otros propugnan. La nueva ola, decían. Y no era una denominación vacía: era nueva porque en nada se parecía a la época anterior, y también ola porque arrasaba con su fuerza todo lo que de bueno había en ese viejo mundo que recuerdo con nostalgia.

El viejo mundo. Las personas que eran personas, los hombres educados caballeros, las mujeres damas comedidas y pudorosas. Nada de marimachos y amanerados. Nada de maleducados y jovenzuelos imberbes que alzan la voz ante sus mayores, carentes de respeto y de vocabulario, que no ceden su asiento a un anciano o a una sierva del señor aunque lleve el hábito de su orden.

No, ya no hay galantería, nada queda del civismo de nuestros mayores. Quizá ha sido la causa el exceso de caprichos y dinero, tal vez la desgana o el aburrimiento, el estar de vuelta de todo. Pero no merece la pena vivir en estos tiempos. ¡Cuánta razón tiene el adorado Grogrenko! Antes sí que había hombres y mujeres auténticos. Un respeto, un orden, auténtica disciplina. Ahora ya no hay que esperar a ser padre para comer huevos ni existen el principio de autoridad o la obediencia ciega.

¿Qué será del triste futuro? ¿Es posible que nuestro mundo degenerado aún no haya tocado fondo y pueda seguir progresando en tan execrable decadencia? No me cabe duda de que así será, de que la sociedad se pervertirá todavía más, aunque un corazón pío como el mío no sea capaz de imaginar de qué modo sórdido o retorcido se producirá tal degradación ulterior. Pero no dudo de que gente amoral y sin escrúpulos tendrá espacio en su imaginación para desarrollar nuevas perversiones e infamias.

¡Mano dura! ¡Eso es lo que hace falta! Disciplina, orden, ¡jarabe de palo! No se puede consentir esta laxitud de las costumbres, este "todo vale", la impudicia y la desvergüenza por doquier. Necesitamos líderes firmes, hombres de verdad como los del pasado, que encaucen las vidas de tantas almas perdidas. Hemos de recuperar

el respeto, la obediencia, el orden, la sumisión, la moralidad que hacían del viejo mundo del pasado un lugar más agradable donde vivir.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de De Lego y adalid del regeneracionismo)

ME CONFIESO ORGULLOSO

Sí, amigos, orgulloso de ser español, de ser cristiano, por supuesto. Y también muy orgulloso y satisfecho tras la redacción de mi primera narración. No será la última, aviso. Me siento imbuido más de gracia divina que de la inspiración de las musas. Muchos pensarán que mi obra es meramente ficción, pero yo creo que es ante todo premonitoria, al menos en lo esencial de sus partes. No negaré que, con respecto al estilo, me he basado en Sófocles, Cervantes, Shakespeare, Tolstoi, Grogrenko y el mismísimo Ibáñez. Pero debo confesar, ante todo, mi admiración y mi deuda de gratitud por George H. White y su "Saga de los Aznar", que tanto me ha inspirado e ilustrado. Sé que parte de mi obra es meramente especulativa y que adolece de ciertos excesos épicos, pero que aguarden los descreídos y verán como esa Magna Iberia que yo postulo se convierte en una realidad gobernante y catequizante.

Como sé que su éxito será abrumador, así como inspirador de creyentes su contenido, no niego que tengo en mente al menos una trilogía completa sobre las hazañas del nuevo Imperio Español de la cual el breve relato aquí introducido es sólo un corto resumen, un preludio que apenas si constituirá el primer capítulo de la saga.

Amigos, disfrutad de la lectura y ¡Santiago y cierra España!

Narciso de Lego

EPÍLOGO

La búsqueda ha terminado en el papel. La búsqueda prosigue en la realidad. Seguimos necesitando del impulso vital del descubrimiento. Si el hombre pensase que ya no hay un más allá al que acceder, una conquista que realizar o un espacio que explorar, es probable que, entonces sí, iniciase su verdadera decadencia.

Es cierto que el dinero parece el más poderoso motor del mundo. Pero no podemos olvidar que el progreso siempre se ha basado

en el impulso de esos visionarios insatisfechos con lo tangible y conocido que se decidieron a dar un paso adelante, o muchos pasos, y se lanzaron a explorar una región, un país, un continente, el mundo, el espacio. No hace falta que sea un espacio físico. El mundo de las ideas, tanto como el de las pequeñas cosas, es un buen semillero para contener el germen de los deseos de los hombres. Ir más allá, más alto, más lejos, más fuerte, con espíritu olímpico, porque si pensamos que hemos terminado de descubrir nos detendremos y ya nada será igual, nada tendrá verdadero sentido aunque todo parezca insustancialmente completo.

El mundo siempre está por construir. El futuro por fabricar y el alma del hombre debe descubrirse y acrecentarse con cada nueva exploración. Da igual que sea el marino dispuesto a llegar a otra isla desconocida, el aventurero entre gente extraña, el astronauta flotando en un frágil cascarón en mitad del espacio, el científico tratando de despejar una nueva incógnita, el inventor ante su nuevo prototipo o el escritor frente a la página en blanco. El alma del hombre se alimenta del hallazgo tanto como de la búsqueda en sí y ante el vacío cualquiera puede sentirse invadido tanto por el miedo como por la emoción del desafío, de la posibilidad de completar ese hueco, acabando con el desconocimiento y la inquietud que conlleva. Quizá en unos espíritus prime la necesidad de seguridad sobre el deseo de aventura mientras en otros sucede a la inversa. Es cuestión de caracteres. Pero todos tenemos nuestro punto aventurero, nuestro pequeño descubridor o conquistador que se crece ante un pequeño y lícito triunfo en la dura carrera de la vida. Paso a paso, con pequeñas o grandes zancadas sobre el vacío, la humanidad ha construido su presente. Es tarea nuestra fabricar el futuro. Por pequeños que seamos, no seamos tímidos al avanzar nuestra diminuta huella sobre el frágil sustrato de ese porvenir aún por construir y del que todos, aventureros sobre este cascarón azul y blanco, seremos parte y artífices.

EL PUNTO Y FINAL

Ya llevamos 23 números. Cómo no sentirse satisfecho y orgulloso del resultado de esta pequeña aventura en la que hace más de

una década que nos embarcamos llenos de ilusiones. Quizá parecían de visionario y sean sólo de ilusos, pero igualmente resultan, nos parecen al menos, satisfactorias.

Y es un número bonito, el preferido de uno de nuestros redactores (confiemos en que no tan trastornado como el protagonista de esa reciente película en cuyo título aparece nuestro número actual). Es un número primo, formado por dos números primos cuya suma es, a su vez, otro número primo, igual que su diferencia (cuando menos en valor absoluto). Y, para remate, era el número del mejor jugador de baloncesto (al decir de muchos) de la NBA, el admirado Michael Jordan. Vamos que, con tales referencias, este número debe tener cualidades mágicas o casi y, sin duda, será el del despegue definitivo, a nivel internacional, de nuestra "magnífica" publicación.

En fin, que seguiremos con ella y, si es posible, nos gustaría que fuera con vuestra ayuda, queridos lectores, y vuestra inestimable colaboración.

Para este número hemos contado con las voces de Jose Palomo y su irrepetible portada, los inefables P.A.M.213 y El temible burlón, y la voz extrañamente familiar, aunque siempre diversa, de nuestro amigo mesopotámico. Confiamos en escuchar y difundir muchas más voces, viejas y nuevas, para el próximo número.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.